

ANA NEVES —

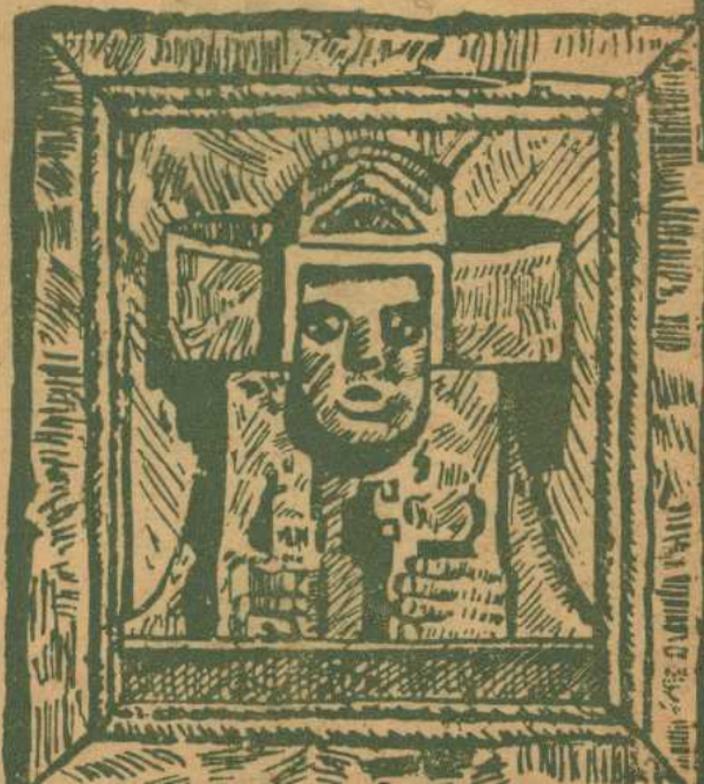
MAS FUERTE

QUE LA SANGRE

DRAMA

CON UN JUICIO CRITICO DE FRANCISCO VILLAESPESA

• SANTIAGO DE CHILE •





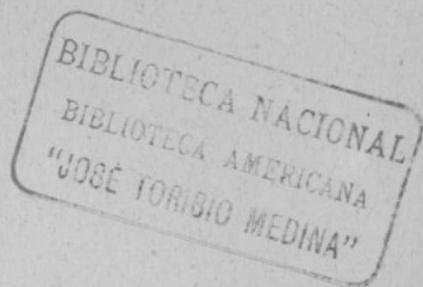
BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSE FERRAZ MEDINA"
Ana

Ana Neves

Mas fuerte que la sangre

ANA NEVES

AAD 8525



MAS FUERTE

QUE LA SANGRE

DRAMA EN TRES ACTOS

CON UN JUICIO CRITICO DE **Francisco Villaespesa**

Santiago de Chile

1926

Señora ANA NEVES.

Mi buena y bella amiga,

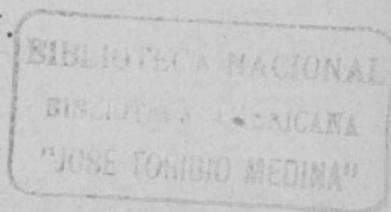
aun me estremezco de la emoción intensa que me ha proporcionado la lectura de su obra dramática "Más fuerte que la Sangre". Sinceramente, puedo decirle que no conozco ninguna obra de mujer, entre todos los pueblos de nuestra raza tan bella y tan atrevida, tan sobriamente planeada, de diálogo tan natural y de un alcance psicológico tan profundo. Con ella se enorgullecería el más célebre de nuestros dramaturgos.

Reciba mi felicitación sincera y al mismo tiempo mi agradecimiento por la emoción que me ha proporcionado.

Devotamente besa sus pies.

(Firmado).—Villaespesa.

Santiago, 28 de Julio de 1925.



Para quien—al referirme su dolor—me dió las
mejores páginas de este libro.

ANA NEVES.

PERSONAJES

Graciela.—Viuda, de veintisiete años de edad.

Doña Emilia.—Madre de Graciela, de cuarenta y seis años de edad.

Matilde.—Hermana de Graciela, de veintidós años de edad.

Raquel.—Hermana menor de Graciela, de dieciocho años de edad.

Doña Sofía.—Hermana de doña Emilia, de cuarenta y dos años de edad.

Elena.—Hija de doña Sofía, de veinte años de edad.

Carmen.—Empleada.

Don Aurelio.—Padre de Graciela, de cincuenta y tres años. Cabellos ligeramente plateados. Viste correctamente.

Don Roberto.—Amigo íntimo de don Aurelio; de sesenta años. Cabellos totalmente blancos.

Rafael.—Novio de Matilde, de veintinueve años.

Un mozo.



(El drama se desarrolla en SANTIAGO de CHILE)

Acto Primero

Más fuerte que la sangre

Drama en tres Actos

Acto Primero

(El escenario representa una salita-costurero. — Los muebles son de color claro y todo el ambiente es alegre. — Raquel, teje, sentada en el marco de una ventana que da hacia el patio, desde donde se ven algunas plantas.—Dña. Emilia, sentada en cómodo sillón, toma una costura de un pequeño cesto que tiene ante sí. —Izquierda y derecha del espectador.—Puertas practicables a izquierda y derecha).

ESCENA I

Raquel y Dña. Emilia

RAQUEL.—(*riendo*) ¿Sabes, mamá? tía Sofía está muy sentida con nosotros porque no fuimos al cambio de argollas de Elena.

DÑA. EMILIA.—¿Sí? ¿Cómo lo supiste?

RAQUEL.—Por Teresa.

DÑA. EMILIA.—(*molesta*) ¡No ven! se encapricharon en ir todas y al fin no fué ninguna. Matilde, no quiso asistir, porque Rafael no podía acompañarla. (*indignada*) ¡Será posible! ahora son los novios los que mandan. Matilde no hace nada sin mirarle la cara a Rafael, y el otro se hace el interesante.

RAQUEL.—¡Pobre Matilde! está locamente enamorada; no ve mas que por los ojos de Rafael. El otro día me decía llorando: «Si Rafael me dejase de querer, creo que me moriría.»

DÑA. EMILIA.—(*moviendo la cabeza*) ¡Ojalá no sufra ninguna contrariedad! Realmente sería un golpe terrible para Matilde. No quieras con tanta vehemencia, Raquel; esos amores dan más dolores que alegrías.

RAQUEL.—(*riendo*) No hay cuidado, mamá; yo me divierto con todos; pero no pienso enamorarme...

DÑA. EMILIA.—No digas «De esta agua no beberé». Nadie sabe, hija, las sorpresas que reserva el destino; «no juegues con fuego», eso es lo único que te aconsejo.

(*Entra Don Aurelio con un periódico en la mano*).

ESCENA II

Dichos y Don Aurelio

DÑA. EMILIA.—(*a Don Aurelio*) Creí que habías salido.

DON AURELIO.—Ya estás viendo que no. Vengo a leer,

- aquí, el diario, porque en mi escritorio hace mucho calor. (*Se acomoda en un sillón a leer*).
- DÑA. EMILIA.— Es verdad; en toda la casa no hay pieza más agradable que ésta.
(*Breve silencio*).
- DON AURELIO.— Anoche me encontré en el Club con el novio de Elena y me dijo que Sofía había estado enferma.
- DÑA. EMILIA.— (*alarmada*) ¿Sí? ¿Qué tendría?
- DON AURELIO.— Parece que una afección al pecho que la obligó a guardar cama por algunos días.
- DÑA. EMILIA.— Justamente de Sofía conversábamos con Raquel; está sentida con las chiquillas, porque no fueron al cambio de argollas de Elena.
- DON AURELIO.— Y tiene muchísima razón. Ya que tú no podías ir, debiste obligar a tus hijas a que fueran en tu reemplazo.
- DÑA. EMILIA.— (*a Raquel*) En eso tiene mucha razón tu padre. Hoy mismo vamos donde Sofía.
- RAQUEL.— Elena es muy cariñosa, pero a nosotras no nos agrada, porque no conversa mas que de libros.
- DON AURELIO.— ¡No les digo yo! A Uds. les aburre toda conversación que sale de la vulgaridad; en cambio les interesa hablar de trajes, de la Fulanita y la Zutanita. Por esta misma razón no congenian con Graciela, a ella, le agrada, justamente, lo que Uds. detestan.
- DÑA. EMILIA.— (*con énfasis*) En eso no cabe comparación Aurelio. Graciela es de más edad, viuda, con más experiencia de la vida; ha viajado; vivió tantos años en Europa, es natural que sepa conversar mejor que sus hermanas, y no le estusiasmen cosas que a estas chiquillas les agrada. (*dán-*

dose una palmada en la frente) ¡Qué cabeza! Hoy es el cumpleaños de Sara y no la he mandado saludar. (*poniéndose de pie*) Voy a escribirle una tarjetita para enviársela con Carmen. (*saliendo*) ¡Se conoce que estoy vieja! (*Sale*).

ESCENA III

Dichos menos doña Emilia

(*Don Aurelio se queda un largo rato en silencio manifestando su rostro, contrariedad, preocupación.—Raquel continúa tejiendo y de vez en cuando observa el rostro de su padre. Con suavidad se acerca hacia él y le alisa, con la mano, los cabellos.—Don Aurelio, que está distraído, da un brinco*).

DON AURELIO.—¡Ah! me asustaste, hija.

RAQUEL.—(*acariciándolo*) ¿Tan distraído estabas? ¿En qué piensas, papá?

DON AURELIO.—(*con indiferencia*) ¡Oh! en nada... los negocios... la política...

RAQUEL.—(*mimosa*) Llévanos al teatro, papá, dan, esta noche, un drama de Benavente... ¿quieres?

DON AURELIO.—(*riendo*) ¡Ah, ah! ¿por eso estábamos tan cariñosos?

RAQUEL.—(*riendo*) Llévanos; dicen que es precioso...

DON AURELIO.—(*preocupado*) Pagar para ver un drama, cuando no tenemos mas que mirar a nuestro alrededor...

RAQUEL.—(*desdeñosa*) ¡Bah! si todos pensarán como tú más les valdría enterrarse vivos.

DON AURELIO.—(*pensativo*) Sí, tienes razón. (*pausa*) Averígualo a tu madre si quiere salir esta noche, (*con cansancio*) las llevaré.

RAQUEL.—(*brincando de felicidad*) ¡Qué felicidad! yo que quería conocer a Fuscade. (*con ardor*) Me han dicho que en este drama trabaja admirablemente bien, y, sobre todo, dicen que es tan buen mozo. En el retrato que de él compré, se le ven unos ojos fascinantes, y unos dientes lindísimos.

DON AURELIO.—(*calmándola*) ¡Uf! calla cotorrita. Tú no vas por el drama sino... (*moviendo la cabeza*) Te falta cabeza y te sobra corazón.

RAQUEL.—(*alegremente*) Eso es lo principal, papá. (*lo besa en los cabellos y salta de gusto. — Antes de salir, se detiene y pregunta a su padre*) ¿Invito a Graciela? ... Es tan insípida, no querrá ir...

DON AURELIO.—(*serio*) Para qué la molestan. Uds. saben, muy bien, que ella, por su viudez, no desea asistir al teatro.

RAQUEL.—(*burlescamente, al salir*) Poca falta nos hace. (*Sale*).

(*Don Aurelio se queda pensativo, y hondos suspiros se escapan de su pecho. — Entra Graciela, vestida con traje de color negro y pequeño delantal blanco*).

ESCENA IV

Don Aurelio y Graciela

GRACIELA.—(*sorprendida*) ¡Hola! Cómo es esto que te encuentro aquí, papá?

DON AURELIO.—Vine a leer el diario mientras pasaba un poco el calor, ¡no se puede andar por las calles!

GRACIELA.—(*alegremente, sentándose a coser a la máquina*) ¡Qué bueno! hay que agradecerle al sol que te obliga a quedar en casa. Ahora cuesta encontrarte, tan absorto te tienen los negocios... la política... (*Se acerca y lo besa, ruidosamente, mientras Don Aurelio, turbado, cierra los ojos y su rostro expresa angustia, terror*).

DON AURELIO.—(*poniéndose violentamente de pie*). Qué quieres, hija: los hombres en la calle y las mujeres en la casa.

GRACIELA.—¡Bonitas teorías! se ve que están discurridas por Uds. (*Advirtiendo que Don Aurelio se va a marchar*) ¿A qué te pones de pie? ¿Qué te vas? Siéntate para que charlemos; estás tan callejero, que hace meses que no converso contigo, diez minutos seguidos.

DON AURELIO.—No puedo quedarme, Graciela; debo salir inmediatamente...

GRACIELA.—Pero al menos me concederás unos minutos...

DON AURELIO.—(*confundido*) ¡Imposible! una reunión de congresales...

GRACIELA.—(*con firmeza*) ¡Bueno! primero la familia, después los congresales.

(*Poniéndose de pie se acerca mimosamente a don Aurelio, lo acaricia y lo obliga a sentarse*).

¡Ya está! pase lo que pase, nada me importa. Tú me harás compañía.

DON AURELIO.—(*confundido*) Pero Graciela... tengo con urgencia que...

GRACIELA.—(*enérgica*) No hay que ni pero que valgan. Tú lees tranquilamente el diario y porque llegué,

te quieres marchar, ¿no es verdad? pues bien, ¡no te irás! y ahora, para entretenerte, voy a recitarte unos versos, de esos que te gustan, y que esta mañana recorté de un diario.

DON AURELIO.—(*titubeando,—poniéndose nuevamente de pie*) Mas tarde, Graciela, otro día... Ahora no puedo... (*Suplicante*) Tú sabes que mi deleite es escucharte, pero es imposible... no tengo tiempo... ¡Déjame!...

GRACIELA.—(*obligándolo a quedarse quieto*) ¡Es inútil! a porfiada no me la ganas papá. (*tristemente*) Y si bien es verdad, que este último tiempo he notado que te molesta mi presencia... (*Con desesperación*) ¿Qué puedo exigir, si soy hija de Uds. sólo porque me dieron la vida? (*recobrando su alegría*) ¡No importa! con cariño he de recordarte que también soy tu hija.

DON AURELIO.—(*fingiendo alegría*) No seas niña, Graciela; las cosas que se te ocurren; ¿qué no te queremos porque no te criaste con nosotros? (*con pasión*) ¡Bien sientes tú cuánto te quiero! (*recobrando la serenidad*) A ver, recita los versos, pero ¿los tienes ahí?

GRACIELA.—Sí; como me gustaron mucho, los llevo conmigo para aprenderlos de memoria. (*Extrae del bolsillo del delantal un pequeño papel*).

DON AURELIO.—Si los tienes, léemelos; veremos si son bonitos.

(*Graciela se sienta sobre el brazo del sofá en que está sentado su padre y empieza a leer*):

GRACIELA.—Una rosa blanca y pura
del más lozano rosal,
cuando apenas luz del alba
empezaba a despuntar,

fué arrancada de su tallo
por un impulso falaz.

Guareciéndola del aire
lleváronla a sala real
y la alzaron en un búcaro
sobre fino pedestal.

La blanca rosa yacía
muerta de tedio fatal,
y en silenciosas vigiliass
viendo las horas pasar,
la blanca rosa soñaba
volver un día al rosal,
y, al llegar la negra noche,
con tristeza singular,
cerrando sus blancos pétalos
se ponía a meditar:

¿Qué pensarán—se decía—
si yo tardo en regresar,
por la tierra, mustio y frío,
encontraré mi rosal,

Un día, la blanca rosa,
en las alas de la brisa,
consiguió su libertad,
y rebozando alegría
llegó al pie de su rosal.

El rosal que ya vestía
su gala primaveral,
inclinando sus corolas,
preguntó de qué país
esa flor marchita y fea
sus quejas venía a dar.

La blanca rosa miraba
a sus hermanas brillar,
pero ninguna de ellas,

en su altiva majestad,
reconoció como hermana
del mismo tallo real,
a la hermosa blanca rosa,
caída al pie del rosal.

(A medida que Graciela avanza en la recitación,
Don Aurelio, absorto, mira a su hija con rostro
apasionado).

Desengañada y muy triste
la bella rosa fatal,
su frente inclinó a la tierra,
tan marchita y seca ya,
que nadie, al verla, podía
en su mente imaginar,
que aquellos despojos fueron
rosa del mismo rosal.

(Al terminar de recitar los versos, Graciela mira a
su padre que se ha quedado embelesado mirándola).

GRACIELA.—¡Papá! ¿Qué tienes? ¿Por qué me miras con
esos ojos? ¿Por qué me miras tan fijamente? Si
parece que tus ojos despidieran llamas.

DON AURELIO.—(confundido) No.. si estaba oyendo...
es que pensaba...

GRACIELA.—Pero ¿en qué piensas tanto cuando me mi-
ras de ese modo? Muchas veces, aun estando so-
la, siento como si las pupilas tuyas se hubieran
grabado en las mías. ¡Las siento que me quemán!

DON AURELIO.—(risueño) ¿Y por qué te preocupa esto?

GRACIELA.—Porque tienes en los ojos algo extraño y doloroso como si sufieras mucho; porque cada día desmejora tu semblante; porque sales y entras de la calle con una nerviosidad que desespera y... (*pausa insinuante*) porque el otro día, entré a tu escritorio, estuve a tu lado, y tan distraído estabas... que ni me sentiste.

DON AURELIO.—(*con dolor*) Sí, tal vez... preocupado por alguna combinación política...

GRACIELA.—Pero ¿qué combinación podría preocuparte tanto... (*pausa — a media voz*) hasta hacerte llorar?

DON AURELIO.—(*sobresaltado*) ¿Llorando? Estás equivocada.

GRACIELA.—(*con tristeza*) No estoy equivocada, puesto que llamé a mamá y las dos vimos que llorabas... Mamá quiso preguntarte la causa, pero yo le dije que te dejara tranquilo. Cuando se sufre mucho, todo lo que se desea es desahogo...

DON AURELIO.—Los viejos nos volvemos niños: lloramos sin saber por qué...

GRACIELA.—No te disculpes con los años... (*con ardor*) ¡Oh! Cómo has cambiado, papá. Recuerdo que cuando recién llegué de Europa, tú eras conversador, te gustaba mi charla, yo era para tí, casi tu confidente. Me sentabas en tus rodillas como si aun fuera una nena. Mientras que ahora... (*desesperada*) ni hablas, pasas taciturno... A veces llego a pensar que eres mudo y que con los ojos quisieras revelarme un secreto... ¡una tragedia! ¡Tal es la angustia que expresan!...

DON AURELIO.—(*desesperado*) ¡Graciela!

GRACIELA.—En cambio otras veces parece que hasta el verme te dañara...

DON AURELIO.—(*con dolor*) ¡No insistas, hija!

GRACIELA.—Sí, comprendo que fué generosidad la que te movió a ser bondadoso para conmigo apenas llegué, pues, ¿qué cariño podías tenerme siendo que desde los cinco años viví lejos de Uds.? Sin embargo, veías que mi reciente viudez me tenía trastornada. En realidad, me parecía que sólo el dolor sería en adelante mi compañero. (*pausa*) Cierro que hace muchos meses que perdí a mi Ernesto, y si bien es verdad, que el dolor se ha mitigado, en cambio la falta de ese sér que fué mi compañero en la vida, por tantos años, y al lado de quien, se puede decir, yo me formé, se hace cada día más sensible. (*con ardor*) Sí, cada vez me siento más sola... ¡más sola!...

MATILDE.—(*desde adentro*) ¡Gracielaaa!

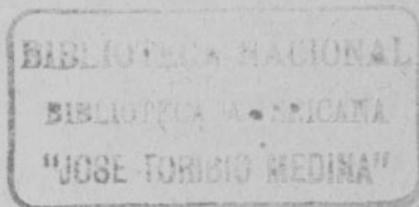
GRACIELA.—(*fuerte*) ¿Qué quieres, Matilde?

MATILDE.—(*desde adentro*) Te busca la lavandera.

GRACIELA.—(*a su padre, entre risueña y triste*) ¡Quedas en libertad! Que hay un Dios, no lo podemos negar, ya ves que se apiadó de tí, mandándome a mí llamar. (*riendo*) Casi me resultó verso, ¿verdad?

DON AURELIO.—Mujer habías de ser para no dejar nunca de ser niña...

GRACIELA.—(*riendo, al salir*) Lee con tranquilidad el diario, papá; trataré de no interrumpirte. Pero por favor no vuelvas a mirarme con esos ojos que parece que me desnudasen. (*Sale*).



ESCENA V

Don Aurelio, después Doña Emilia y Raquel

DON AURELIO.—(*poniéndose de pie y tendiendo los brazos hacia la puerta por donde salió Graciela*) ¡Graciela! ¡Graciela de mis torturas! ¡Cómo arrancarme la máscara indiferente que me cubre y ser tan bueno, tan bueno como tú lo mereces! (*desesperado*) ¡Imposible! No tengo derecho ni a ser bondadoso. Mi vida se hace un infierno. No poder quebrar el corazón y (*dando un golpe con el pie*) pisotearlo por canalla, por traidor. (*Dejándose caer sobre un sillón y tomándose la cabeza con las manos. Grito de dolor*) Me volveré loco... estoy loco... loco... loco... (*Solloza un largo rato. Después se pone de pie y pasea a largos pasos por la sala.*)

(*Dña. Emilia y Raquel entran con grande algazara*)

DÑA. EMILIA.—(*a don Aurelio*) ¿Con qué nos llevas al teatro?

DON AURELIO.—(*sentándose, con cansancio*) Si ustedes quieren... aunque con poquísimas ganas de salir... (*aparte*) ¡Estoy para fiestas!

DÑA. EMILIA.—(*sentándose a continuar su costura*) Si no deseas ir, no te molestes por nosotras, Aurelio; gracias a Dios que tenemos a Rafael...

DON AURELIO.—(*riendo*) ¡Pobre novio! lo tienen flaco con tantos paseos.

RAQUEL.—(*riendo*) Los paseos engordan, papá.

DON AURELIO.—Según y como, hija: cuando es con agrado, sí; pero en el caso de Rafael, me parece que es simplemente un pobre resignado.

RAQUEL.—Sí, es verdad; este último tiempo finge no gustar de las fiestas. Me parece que son pedanterías para que Graciela lo crea un hombre superior. (*con malicia*). Como le interesa tanto la opinión que Graciela se forme de él...

DON AURELIO.—(*molesto*) ¡Imbécil! ¿Se irá a preocupar Graciela, de un muchacho que no merece ni las pisadas que ella deja?

RAQUEL.—(*sentándose en un taburete cerca de su padre*) Y sobre todo siendo el novio de su hermana, aunque... todo se puede esperar...

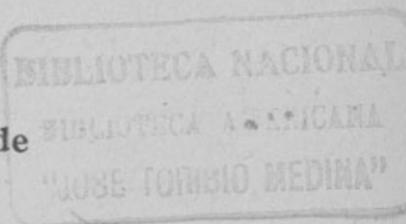
DÑA. EMILIA.—(*sentenciosamente*) No hay que confiarse ni de sus dientes: si nos descuidamos, nos muerden. (*pausa*). Matilde está tan enamorada, que no examina a Rafael, pero yo que observo con frialdad... (*pausa*). Desde el día en que llegó Graciela, Matilde es el pretexto que tiene Rafael para llevarse entrando y saliendo, pero su móvil: es agradar a Graciela.

DON AURELIO.—(*fuerte*) ¿A qué haces suposiciones, Emilia? Harás que Matilde se ponga celosa de su hermana, sin causa justificada.

DÑA. EMILIA.—Yo digo lo que veo, Aurelio, y las madres tenemos larga vista... (*Entra Matilde*).

ESCENA VI

Dichos y Matilde



DÑA. EMILIA.—(*a Matilde*) ¿Vendrá temprano Rafael?
MATILDE.—Sí, mamá; en un momento más llegará.

RAQUEL.—(*riendo*) ¡Ah! con razón te demoraste tanto en arreglarte..

MATILDE.—(*molesta*) Déjate de bromas, Raquel; ando con el humor muy descompuesto. (*Se sienta frente a un bastidor*).

RAQUEL.—¿Algún disgustillo con Rafael?

MATILDE.—Nó; pero veo ciertas cosas... (*Breve silencio*).

DÑA. EMILIA.—(*a Matilde*) Esta mañana fuí a las tiendas y me encontré con Margarita Valenzuela.

MATILDE.—¿Sí? ¿Qué te dijo?

DÑA. EMILIA.—Conversamos poco. Me invitó para que fuéramos, hoy, a pasar la tarde con ella y conociéramos a su hija, recién llegada del sur.

MATILDE.—Yo no podré acompañarte porque iré con Rafael a casa de su madre.

RAQUEL.—Ni yo tampoco. A las cinco tengo que estar en la cancha de tennis: es un desafío al que no quiero faltar.

MATILDE.—¿Por qué no vas con Graciela, mamá?

DÑA. EMILIA.—(*con acritud*) ¡Graciela! ¿Quién va a contar con Graciela? A ella no le gusta mas que visitar a dos o tres amigas íntimas; huye de la gente como si no tuviera educación.

MATILDE.—¡Yo no la comprendo! Le gusta estar sola: nos encuentra insulsas. Cree que porque ha vivido algunos años en Europa, es superior a todas.

DÑA. EMILIA.—La culpa la tuvo su marido que la mimó demasiado: está infatuada.

DON AURELIO.—(*molesto*) ¿Por qué ese encono contra Graciela, Emilia? Tú apoyas a Matilde y Raquel contra su hermana y, desde hace algún tiempo, la vida se hace aquí imposible. Y en verdad, como Graciela no hay ninguna y, nadie como ella para saber mantener el interés de una charla.

RAQUEL.—Lo mismo me decía Rafael, y debe ser así, porque se queda embobado mirándola. (*con energía*) A mi novio yo no le soportaría eso.

MATILDE.—(*con furia*) ¡Ni yo tampoco! En estos días tendremos una grande. No tiene la culpa Rafael, sino ella, que se hace la mozigata y se encanta con que la requiebren.

DON AURELIO.—(*severo*) ¡Se van a callar! Me parece que tienen muchas cosas de que ocuparse y bien pueden dejar tranquila a su hermana; si no tienen caridad con los suyos ¿con quiénes la van a tener?

MATILDE.—(*duramente*) Ella tiene la culpa.

DON AURELIO.—(*poniéndose de pie,—enérgico*) ¿En qué les molesta? No hace ocho meses que está entre nosotros y ya encuentran en ella todo criticable.

DÑA. EMILIA.—Si se volviera a casar recobraríamos la paz de que antes disfrutábamos.

DON AURELIO.—(*sorprendido*) ¡Casarse Graciela!

DÑA. EMILIA.—¿Por qué te causa extrañeza? Es lo que todos debemos desearle.

DON AURELIO.—(*pensativo*) Irseos tan luego. (*aparte*) Quedar solo... ¡sin ella!

RAQUEL.—Yo no la sentiría. Como nunca ha vivido con nosotros me parece que no fuera mi hermana.

MATILDE.—Para mí es como cualquiera extraña...

DÑA. EMILIA.—(*con desaliento*) Es cierto, una extraña.

DON AURELIO.—(*aparte.—dolorosamente*). Ella tan buena y sentirla como a extraña... (*desesperado*) una extraña hasta para mí. (*Se levanta y va a salir*).

DÑA. EMILIA.—(*a Don Aurelio*) ¿A dónde vas?

DON AURELIO.—(*molesto*) A la calle.

MATILDE.—Ya te molestaste, papá; tú tienes, en gran parte, la culpa de nuestra antipatía por Gracie-

la: todas tus predilecciones son para ella y cualquiera cosa que te digamos sobre eso, te pone de mal humor. Por tus chocheos más pareces abuelo que padre de Graciela.

DON AURELIO.—Entonces es envidia la que Uds. tienen. Yo, al menos, por respeto a mí mismo, no lo habría dejado entrever. (*Sale molesto de la sala*).

ESCENA VII

Dichos menos Don Aurelio

MATILDE.—(*rabiando*) Desde que Graciela llegó, todos los ánimos andan contrariados.

DÑA. EMILIA.—Tu padre sufre con esas desaveniencias y según me manifestó el otro día, él habría preferido que Graciela no hubiera llegado nunca a casa.

RAQUEL.—Sin embargo, siempre está a favor de ella y su mal humor es porque nosotras le hacemos notar su preferencia.

MATILDE.—Desde que Graciela está acá, parece que entró el diablo en la casa.

DÑA. EMILIA.—Es natural que tu padre esté preocupado: una hija más que casar...

RAQUEL.—(*Hace un gesto de extrañeza*).

DÑA. EMILIA.—¿Por qué te extraña, Raquel? Graciela es muy joven, tendrá que contraer matrimonio nuevamente, y, sobre todo, que su marido no le dejó fortuna ni su padre la tiene para que ella

pueda heredarlo. Su porvenir está en el matrimonio.

MATILDE.—Sin embargo tú ves que papá no desea que Graciela se case. Tan sólo porque se habló de que esto suceda, lo irritó y se marchó a la calle.

DÑA. EMILIA.—No es eso, Matilde... Lo que tiene tu padre, es una debilidad nerviosa que él descuida y que puede traerle funestas consecuencias. En las noches, mientras duerme, da unos saltos que me despiertan y muchas veces, dominado por pesadillas horribles, lo siento sollozar como un niño.

RAQUEL.—¡Pobre papá! Se ve que está muy enfermo; no come; no sé de qué vive.

MATILDE.—Pero le molesta que nos preocupemos de él....

DÑA. EMILIA.—Justamente, por que está enfermo de los nervios. Le pedí a Roberto que consiguiera llevarlo donde el médico, pero me ha dicho que fué inútil: Aurelio está encaprichado en no ver doctor.

(Entra Graciela con rostro amable. Trae un ramo de flores que da a su madre.)

ESCENA VIII

Dichos y Graciela

GRACIELA.—Toma estas flores, mamá. ¿Son hermosas, verdad? Me las trajo de regalo la pobre lavandera.

MATILDE.—¿Por qué no acompañas a mamá, Graciela, a casa de misiá Margarita Valenzuela?

GRACIELA.—(*desganada*) No puedo...

MATILDE.—¿Por qué?

GRACIELA.—Porque, en verdad, me siento fuera de mi ambiente. La señora Valenzuela será muy buena, todo lo que Uds. quieran; pero no conversa mas que de enfermedades o de sus parientes, y como yo no conozco a ninguno de ellos, ni soy enfermera, me aburro soberanamente.

DÑA. EMILIA.—¿Qué les decía? Con mi distinguida hija no hay que contar, en cambio para ella hay que estar dispuesta a todo, porque de lo contrario, dice que no la quieren.

GRACIELA.—(*con amargura*) ¡Siempre con lo mismo! (*Va y se sienta frente a la máquina, a coser*).

MATILDE.—(*dirigiéndose a Graciela*.) Tiene razón mamá. Eres de un carácter insufrible; tan terca, todo para tí y nada para los demás.

GRACIELA.—¿Por qué he de ser siempre yo la que ha de doblegarse a la voluntad de Uds? ¿Por qué he de ser yo la que acompaño ahora a mi madre y nó alguna de Uds? Cuando la visita es de vuestro agrado no insisten en mi compañía; pero ¡pobre de mí! si no merece vuestro beneplácito, ya sé que a mí me tocará cargar con el fardo... Díganme ¿qué les hago? ¿Por qué les inspiro esta aversión?

MATILDE.—No es aversión, Graciela, nos duele el que tú quieras manifestar una superioridad que no tienes.

GRACIELA.—No es superioridad, sino que he vivido muchos años en un ambiente muy refinado. Mi marido siempre fué invitado a los círculos intelec-

tuales de mayor resonancia de París y, naturalmente, como yo no tenía hijos que cuidar, iba con él a todas partes. Lo que hay de verdad es que Uds. no me conocen, y mi carácter retraído lo interpretan como orgullo, y en cambio, a la frialdad de Uds. para conmigo, quieren que retribuya con caricias. Me es imposible, no puedo dar más de lo que me dan.

MATILDE.—(*burllescamente*) Ya estás grandecita para que mamá te cante cuando quieras dormir: (*cantando*) «Duérmete niñita...»

GRACIELA.—(*indignada*) ¡Cállate, Matilde! No te creo tan pobre de espíritu, y me sería muy doloroso, el pensar que sólo por maldad buscas siempre la oportunidad de mortificarme.

(*Se queda un instante en silencio y sólo se escucha el ruido de la máquina en que cose Graciela*).

GRACIELA.—(*dejando de coser*) Uds., como son menores que yo, no recuerdan como se desarrolló mi vida y creen que la fortuna ha sido más pródiga conmigo, y eso, influye, para que me distancien, me envidien...

MATILDE.—¿Envidiarte? ¡Qué ocurrencia!

GRACIELA.—Estamos de acuerdo. No tienen qué envidiarme, porque en lo único que yo las aventajo es que he vivido con más lujo, en casa de mi tía; pero en cambio, Uds. tienen madre, que yo, desgraciadamente, no conocí.

DÑA. EMILIA.—¡Graciela!

GRACIELA.—Es duro; pero es la verdad. Hasta los cinco años me tuviste a tu lado y después me entregaste a tía Amalia.

DÑA. EMILIA.—(*sentenciosamente*) Lo que hay, Graciela, es que tú creíste que tus tíos y tu marido no iban

a morir y por lo tanto nunca necesitarías de nosotros.

GRACIELA.—En verdad. Me crié tan ajena a esta casa que, con razón, pensé que nunca necesitaría de Uds.

DÑA. EMILIA.—(*fuerte*) ¡Carmen!

CARMEN.—(*desde adentro*) ¡Señora!

DÑA. EMILIA.—(*fuerte*) Ven a llevarte estas flores.
(*Entra Carmen*).

ESCENA IX

Dichos, Carmen y después don Roberto

CARMEN.—¿Llamaba, señora?

DÑA. EMILIA.—Sí; llévate estas flores y las colocas en el comedor.

CARMEN.—¿En los floreros de cristal?

DÑA. EMILIA.—Nó, en los floreros chicos de plaqué.

CARMEN.—Está bien. (*Coge las flores. Sale de la escena y entra inmediatamente, anunciando:*) Don Roberto, misiá Emilia.

DÑA. EMILIA.—¡Cómo! ¿Y no hemos oído el timbre de la puerta?

(*Sale Carmen y entra don Roberto*).

DON ROBERTO.—(*alegremente*) ¡Buenas! ¿Cómo está Emilia? Y Uds. niñas ¿qué dicen de nuevo? (*Las saluda a todas*).

GRACIELA.—(*tristemente*) Su llegada, da la sensación de un día de sol en un invierno muy largo...

DON ROBERTO.—(*acercándose a Graciela*) Siempre cariñosa con los viejos...

MATILDE.—(*aparte*) Cariñosa con los extraños...

DON ROBERTO.—Les haré compañía, porque hay que aprovechar los momentos agradables que son tan escasos. (*Se acomoda en un sillón*).

GRACIELA.—(*abatida*) Tiene razón.

DON ROBERTO.—(*a Graciela*) ¿Cuándo te casas, Graciela?

GRACIELA.—(*riendo*) Ya cumplí mi misión, es a Ud. al que ahora le corresponde.

DON ROBERTO.—(*riendo a carcajadas*) ¡A mis años! ¡Valiente matrimonio!

GRACIELA.—Es el único defecto que le encuentro.

DON ROBERTO.—¿Cuál?

GRACIELA.—Egoísta.

DON ROBERTO.—¡Cómo!

GRACIELA.—Lo que oye. Ha querido permanecer soltero para vivir para sí y no darse a los demás...

DON ROBERTO.—Francamente, antes le tuve miedo al matrimonio. Uds. son muñequitas difíciles de contentar...

MATILDE.—Según la que Ud. escoja...

DON ROBERTO.—Hablo de la generalidad. Uds. son excepciones... (*Todas ríen*).

RAQUEL.—(*riendo*) Es inútil que nos adule; ya es tarde, de un tiro nos mató a todas.

DON ROBERTO.—Es que Uds. no me dejaron terminar mi pensamiento, pues yo les hablé de antaño, cuando era joven, porque ahora...

GRACIELA.—(*riendo*) ¡Cómo! ¿Ha cambiado de opinión? ¿Piensa casarse?

DON ROBERTO.—(*riendo*) ¿Te conformarías con un galán como yo?

GRACIELA.—No me obligue a responderle, pues mi contestación podría acarrearle serios compromisos...

DON ROBERTO.—La charla está muy agradable; pero el que tiene tienda que la atienda. (*Se pone de pie*).

GRACIELA.—(*con pesar*) ¿Por qué nos deja tan pronto?

DÑA. EMILIA.—Tome el té con nosotras.

DON ROBERTO.—¡Imposible! Vine en busca de Aurelio, pero el mozo me dijo que acababa de salir.

DÑA. EMILIA.—(*con sentimiento*) Realmente me preocupa la clase de vida que está llevando Aurelio; rara vez pasa en casa; todo el tiempo en la calle, preocupado de sus negocios y eso lo está matando; cada día está más delgado.

DON ROBERTO.—Tiene mucha razón, Emilia, pero “les affaires sont les affaires”.

DÑA. EMILIA.—(*indignada*) Es que como los hombres no hay nada más perfiado.

DON ROBERTO.—(*riendo*) Me escapo antes de que me moje el chaparrón. (*despidiéndose*) Queden Uds. con Dios. Hasta muy luego. (*Sale de prisa*).

ESCENA X

Dichos menos Don Roberto

MATILDE.—En fin, pueda ser que con la visita de Don Roberto el aire se haya purificado.

DÑA. EMILIA.—Realmente, es un hombre muy alegre.

RAQUEL.—Me parece... (*guiñando un ojo y mostrando a Graciela*) que ya no habrá más tormentas, porque

Don Roberto es el único que consigue que Graciela se ponga de buen humor.

GRACIELA.—(*indignada*) ¿Es un pasatiempo para Uds. el hacerme el blanco de sus sátiras?

MATILDE.— (simultáneamente) Ja, ja, ja.

RAQUEL.— Ja. ja. ja.

GRACIELA.—(*con dolor*) Los primeros meses después de mi llegada a esta casa todos eran mimos para mí; nada se podía efectuar sin consultarme; yo era la única que tenía buen gusto, que sabía pensar con ideas nuevas. Poco a poco, cuando ninguna idea mía les fué desconocida, menguaron las amabilidades, me encontraron sabor a lo mismo, y más tarde, he sido para Uds. fatua, petulante; porque no me atraen las conversaciones triviales que ya no despiertan curiosidad a mi imaginación.

MATILDE.—No podrás negarnos, Graciela, que has querido conservar un aire europeo que no te sienta bien. Nuestras amigas considerarán que eres terca, que nada te agrada, que te das un aire de superioridad que molesta.

GRACIELA.—(*con tristeza*) ¡Qué triste es no ser comprendida!

MATILDE.—(*irónicamente*) Creo que ni papá, que es tan inteligente, te entiende.

GRACIELA.—(*abatida*) No lo sé; ha cambiado tanto. Todo lo soportaría con resignación, si mi padre fuera como antes. ¿Con qué invenciones le habrán llenado la cabeza?

MATILDE.—No con invenciones: sólo con la verdad.

GRACIELA.—(*hablando para sí*). Cuando me acerco a él, fingé alguna ocupación y se aleja. Si le hablo, su voz natural y suave, contesta con dureza. En cambio si está distraído, me mira fijamente de un

modo tan extraño. (*fuerte*) ¡Qué crimen llevo en mí!

DÑA. EMILIA.—No es crimen, Graciela, es tu carácter, son tus modales. A mí, como madre, me duele el saberte así. Tú crees que no te quiero, nó; todos son mis hijos, y tengo la obligación de amarlos.

GRACIELA.—A mí no se me quiere por instinto, sino por deber.

DÑA. EMILIA.—¡Soberbia! ¿No se te hace un cargo de conciencia ser la amargura de tu hogar? Antes de que tú llegaras, todo era aquí sencillo, tu venida complicó las cosas y las entristeció.

(*Entra Carmen*).

CARMEN.—Misiá Emilia, Dña. Manuela la aguarda en el salón.

DÑA. EMILIA.—Bueno; ya voy.

(*Sale Carmen*).

DÑA. EMILIA.—(*acercándose a Graciela*) Tú no nos quieres, hija; eres un injerto en la familia. ¡Examínate! y si no es por nosotras, al menos por la tranquilidad de tu padre trata de remediar el mal.

GRACIELA.—Hay algo que nos separa; no nos comprendemos. (*con dolor*). Perdona, mamá, no es mi ánimo hacerte sufrir. Tienes razón cuando dices que soy un injerto emponzoñado. No es mía la culpa, tú me echaste al mundo, y, al venir a él, parece que traje conmigo una maldición.

DÑA. EMILIA.—¿Me acompañas, Matilde?

MATILDE.—No, mamá, quiero concluir este bordado.

DÑA. EMILIA.—¿Y tú, Raquel?

RAQUEL.—Ni por nada; ¿qué puedo conversar con esa señora tan anticuada?

(*Sale Dña. Emilia*).

ESCENA XI

Dichos menos Dña. Emilia

GRACIELA.—(con dolor) ¡Dios mío! Qué tortura es sentir estos alfilerazos día a día. La vida se hace insostenible cuando sólo quedan lazos obligados por la ley, no por el afecto. No tengo a quien volver los ojos; mi alma está desolada y aunque llore, no hay un eco de piedad, nó, parece que todo me gritara: ¡Vete! ¡vete! estás aquí demás; eres un injerto; eres una extraña en este hogar. (*Deja caer la cabeza sobre la máquina y sollozos convulsivos sacuden su pecho*).

MATILDE.—Nada consigues con llorar; mejor sería que tú cambiaras de modo de ser.

RAQUEL.—Tú como hermana mayor debieras darnos el ejemplo.

GRACIELA.—(indignada) ¡Ejemplo de qué? Se han ensañado conmigo. Todo lo que yo hago está malo; no saben mas que llevarle chismes a mi madre para irritarla contra mí, y se puede decir que en mi propio rostro Uds. me gritan: ¡intrusa!

MATILDE.—(riendo) ¡Qué gracioso!
(*Entra Carmen*).

CARMEN.—Misiá Matilde, llegó don Rafael.

MATILDE.—Está bien; voy a recibirlo.
(*Sale Carmen*).

(*Graciela se pone de pie y se prepara a salir*).

MATILDE.—(con ira) ¡A dónde vas?

GRACIELA.—(con dignidad) A dejarlos tranquilos para que conversen.

MATILDE.—(*furiosa*) ¿Haciéndote la interesante para que Rafael pregunte por ti? (*amenazadora*) Ya conozco tus ardides, Graciela. ¡Ten cuidado! Pórtate como debes y no te preocupes de retirarte cuando llega mi novio.

GRACIELA.—(*indignada*) ¿Qué quieres decirme, Matilde?

MATILDE.—(*saliendo,—con risa burlesca*) “Al buen entendedor, pocas palabras”...

(*Sale*).

ESCENA XII

Graciela y Raquel

GRACIELA.—(*sentándose nuevamente a la máquina, con ansiedad*) Díme, Raquel, ¿qué quiso insinuarme Matilde?

RAQUEL.—(*preparándose a salir*) No me mezcles en tus asuntos, Graciela. Yo te digo como Matilde: «Al buen entendedor pocas palabras»... (*Sale*).

ESCENA XIII

Graciela, después Rafael y Matilde

GRACIELA.—(*con dolor*) ¡Dios mío! ¿Qué les hice? ¿Acaso creen que pueda interesarme ese mequetrefe de Rafael? ¿Por qué entonces ese odio? ¿No seré qui-

zás su hermana?... ¿Será posible eso? ¡Quién sabe!... ¿Qué misterio hay en todo esto?... (*Se queda pensativa*).

(*Entra Matilde del brazo de Rafael*).

RAFAEL.—(*con rostro radiante de felicidad*) ¿Cómo está Ud.?

(*Se desprende del brazo de Matilde y avanza a saludarla*).

GRACIELA.—¿Cómo está Rafael?

RAFAEL.—(*con interés*) ¿Qué tiene, Graciela? Está pálida. ¿Está enferma?

GRACIELA.—(*con tristeza*) Me duele un poco la cabeza...

RAFAEL.—Debe cuidarse, Graciela; su semblante cada día desmejora. No hay que jugar con las enfermedades.

MATILDE.—(*molesta*) Supongo que vendrías a conversar conmigo, Rafael, y no a recetar y dar consejos...

RAFAEL.—(*volviéndose a Matilde, sonriente*) ¡Celocilla...!

MATILDE.—(*con desprecio*) ¿Celosa de quién? Si Graciela fuese una muchacha como yo, tal vez; pero es mayor que tú, viuda, tú no eres el tipo de hombre que le agrada. (*irónica*) ¿Estaré celosa de ella?

GRACIELA.—(*aparte, sonriendo compasivamente*) ¡Pobre muchacha!

(*Rafael se sienta en un sofá que está cerca de la máquina, y Matilde se acomoda al lado de él y conversan a media voz; Rafael está preocupado de los movimientos de Graciela, y ésta, sin levantar los ojos de la máquina, cose nerviosamente. De súbito, se le caen las tijeras al suelo y Rafael se apresura a cogerlas y pasárselas*).

GRACIELA.—(*recibiendo las tijeras*) Gracias.

MATILDE.—(con júbilo) ¿Sabes, Graciela, que hoy hablé con papá y quedó acordado que nos casaríamos a fines del verano?

GRACIELA.—(indiferente) ¿Sí?

RAFAEL.—(admirado) ¡Cómo! ¿Qué dices?

MATILDE.—Lo que oyes. Ya tengo el permiso.

RAFAEL.—(mirando a Graciela) Sí... pero...

MATILDE.—Cualquiera creería que no eres parte interesada cuando has recibido la noticia con tan poco interés y hasta titubeas...

RAFAEL.—No es falta de interés; pero... hay que pensarlo. (a Graciela) ¿No lo cree Ud. así, Graciela?

GRACIELA.—(molesta) Perdone; no oí lo que conversaban...

MATILDE.—(aparte, furiosa) ¡Hipócrita!

RAFAEL.—(a Graciela) Como Ud. sabe, la fecha de nuestro enlace la teníamos fijada de aquí a un año; de improviso Matilde me da ahora la noticia de que será dentro de tres meses. Naturalmente esto me sorprende. (titubeando). No es que no quiera a Matilde sino...

GRACIELA.—Sino que... ¿hay qué pensarlo?

MATILDE.—(furiosa) ¿Pensar qué? Si estamos de novios es para casarnos.

RAFAEL.—(molesto) Sí... naturalmente, pero...

GRACIELA.—Me parece que si Uds. están de novios tanto tiempo, han tenido demás tiempo para meditarlo, y si Ud. quiere a Matilde, como es lo natural, y ha de ser feliz mañana, mejor que lo sea hoy.

MATILDE.—(sonriendo) ¡Muy bien dicho!

RAFAEL.—No puedo resolver nada definitivo, Matilde, hasta que no hable... (mirando a Graciela) con cierta persona; pido tres días de plazo. (Se le caen

nuevamente las tijeras a Graciela y Rafael se apresura a pasárselas).

GRACIELA.—(confundida) Gracias, Rafael. No vuelva a incomodarse.

RAFAEL.—(riendo) Si quiere me nombra su ayudante de campo...

MATILDE.—(a Graciela) Parece que tuvieras las manos de lana...

RAFAEL.—(riendo) Alguien que se está acordando de Ud...

GRACIELA.—Prefiero que no sea así. Se preocupa tan poco la gente de hablar bien; y para que me saquen girones... suficiente con los que tengo de menos...

(Graciela sigue cosiendo. Matilde habla a media voz con Rafael. Se cae al suelo el dedal que Graciela tiene en la mano. Se inclina a cogerlo, al mismo tiempo que Rafael hace lo mismo y los dos se dan un ligero golpe en la cabeza).

GRACIELA.—(enderezándose, confundida) ¡Perdón, Rafael!

RAFAEL.—(pasándole el dedal y riendo) Perdone Ud. ¿Se pegó fuerte? Mi cabeza es dura...

GRACIELA.—(excusándose) ¡No sé qué tengo! estoy tan torpe...

MATILDE.—(poniéndose de pie, furiosa) Lo que tienes, es que te gusta hacerte la interesante. (a Rafael) Vamos, Rafael.

RAFAEL.—(poniéndose de pie, contrariado). No seas de mal carácter, Matilde.

MATILDE.—(aparte) El modo de llamar la atención. (a Rafael) Vamos al salón, Rafael.

RAFAEL.—(suplicando) Quedémonos aquí; estamos tan bien...

MATILDE.—(furiosa) Tal vez tú, yo nó.

Más fuerte que la sangre

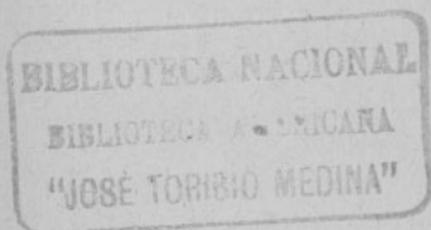
RAFAEL.—(*displicente*) ¡Habrà que seguirla! Hasta muy luego, Graciela. (*sale con Matilde*).

ESCENA XIV

Graciela

GRACIELA.—(*grito desesperado*) ¡Dios mío! ¡Por qué soy tan infortunada! ¿Qué hago? ¿Por qué me odian? ¿Por qué hasta a mi padre lo siento molesto cerca de mí? ¿Qué tengo, Dios mío, qué tengo? ¿Yo que clamé desde niña por vivir entre ellos, y encuentro en vez de hogar, un infierno de miserias. ¿Es esto, Señor, lo que llaman hogar? (*Deja caer la cabeza sobre la máquina y fuertes sollozos sacuden su pecho*).

TELON



Acto Segundo

Acto Segundo

(El escenario representa un elegante escritorio.—Puertas a izquierda y derecha)

ESCENA I

Don Roberto y Don Aurelio, en seguida el mozo

DON AURELIO.—(*entrando, a Don Roberto*) Por fin se fueron. Las visitas me molestan.

Mozo.—Don Rafael pregunta por Ud., señor.

DON AURELIO.—¿Por mí? Por Matilde será.

Mozo.—Nó, señor, es a Ud. al que busca.

DON AURELIO.—Hazlo pasar.

(*Sale el mozo*).

DON AURELIO.—Le diré a Rafael que me espere aquí, y si tú me acompañas, vamos hasta el Banco de Chile, arreglamos el pagaré, y, antes de un cuarto de hora, estamos aquí de vuelta.

DON ROBERTO.—(*alegremente*) Buena idea.

(*Entra el mozo*).

MOZO.—(*Anunciando*) Don Rafael.

(*Entra Rafael*). (*Sale el mozo*).

ESCENA II

Dichos y Rafael

RAFAEL.—¿Cómo está Don Aurelio? (*a Don Roberto*)
Tanto gusto de saludarlo.

DON AURELIO.—¿Verdad que por mí preguntabas?

DON ROBERTO.—(*riendo, a Don Aurelio*) ¡Otra chiquilla que te viene a pedir! (*Palmoteándole el hombro a Rafael*) Tú no te vas a conformar con una, sino que le vas a pedir las dos chiquillas y a la viudita de regalo de boda.

RAFAEL.—(*preocupado*) Realmente deseaba conversar con Ud. Don Aurelio, sobre un asunto delicado.

DON AURELIO.—Con todo gusto, Rafael, aunque mi pobre cabeza ya no está para resolver problemas.

RAFAEL.—(*decidido*) Sin embargo, éste, debe resolverse hoy.

DON AURELIO.—Me esperas un instante, voy aquí cerca, y en pocos minutos más estoy de vuelta. Si quieres, mientras llego, vas a matar el tiempo con las muchachas; creo que están pintando allá en la galería.

RAFAEL.—(*con viveza*) Nó; prefiero quedarme esperándolo aquí. Deseo que ignoren que he venido.

DON AURELIO.—(*aparte a Don Roberto*) ¡Mal huele esta

visita! (a Rafael) Muy misterioso has venido; pero como tú gustes. Hasta muy luego. Quedas en tu casa. Búscate cualquier libro para entretenerte. (Sale Don Roberto y Don Aurelio).

ESCENA III

Rafael y después Graciela

(Rafael se pasea preocupado. Sobre un estante hay un marquito ovalado con el retrato de Graciela. Rafael lo coge y mira con cariño).

RAFAEL.—(mirando el retrato) ¡Ella! ¡Graciela! (hablando-le al retrato). Si tú supieras lo que eres para mí, tendrían más calor tus miradas y tu mano más afecto al saludarme. ¿Te querré en vano? ¿Estaré condenado a no conseguir tu cariño? (con vehemencia) ¡Has de ser mía! y entonces, tú serás feliz y yo dichoso. ¡Graciela! ¡Cómo te amo! ¡Cómo te sueño mía! (Besa el retrato).

(Entra Graciela; al ver a Rafael se detiene).

(Rafael pone con precipitación el retrato donde estaba colocado).

GRACIELA.—¿Cómo está, Rafael? ¿Con quién conversaba? Me pareció oír hablar. ¿Y papá?

RAFAEL.—Don Aurelio salió hace poco acompañado de don Roberto y me dijo que lo esperase aquí, que luego volvería.

GRACIELA.—(encaminándose hacia la puerta de salida) Habría asegurado que conversaban...

RAFAEL.—(interceptándole el paso) ¿Dónde va Graciela?

¿Por qué no puedo conversar ni un momento a solas con Ud?

GRACIELA.—(*friamente*) Excúseme, Rafael; buscaba a papá.

RAFAEL.—Yo también lo buscaba; pero ya que el destino más benévolo me ha puesto frente a Ud., le diré lo que pensaba decirle a su padre.

GRACIELA.—Perdone que no le escuche; realmente no me mezclo ni en los asuntos de papá, ni en los de la familia.

RAFAEL.—Es respecto de mi compromiso con Matilde de lo que quiero hablarle. . .

GRACIELA.—No quiero saber nada de ese compromiso. Aunque somos hermanas, estamos completamente ajenas la una de la otra; y lo que yo pudiese hacer por Matilde, creyéndolo un bien, podría ella interpretarlo mal. (*pausa*) Créamelo Ud. Rafael, le hablo con franqueza tomando en consideración que Ud. es el prometido de mi hermana. . .

RAFAEL.—(*vehemente*) Es que ese compromiso ya no existe para mí. . .

GRACIELA.—(*alarmada*) ¿Cómo?

RAFAEL.—(*timidamente*) Otra mujer ocupa mi corazón.

GRACIELA.—(*ansiosa*) ¿Qué oigo! ¿Es verdad lo que Ud. me dice?

RAFAEL.—Sí, Graciela. Siéntese Ud. un momento; óigame, necesito que Ud. me escuche.

(*Se sienta Graciela y Rafael aproxima un sillón y se acomoda cerca de ella*).

GRACIELA.—Dígame, Rafael, ¿no sabe Ud. que, en el hombre, lo que vale es la palabra empeñada, porque ella refleja todo el valor moral del individuo? ¿Cree Ud. natural, que haga y deshaga de una cosa tan sagrada como es su compromiso de ma-

trimonio? ¿Ha estudiado lo bastante a esa otra mujer que se interpone en la vida de Matilde?

RAFAEL.—He luchado tanto antes de dar este paso, que no hay un detalle que se me haya escapado. (*pau-sa*) Yo examino a Matilde, es buena, pero así como ella, hay miles de jóvenes. Sabe un poco de música, ha leído algunas novelas, pinta un poco, baila bien; pero eso no es todo. (*vehemente*) La vida moral y material son cada vez más difíciles y debemos, por lo tanto, buscar una mujer que no sólo sea la madre de nuestros hijos, sino también una compañera espiritual que nos reconforte en la lucha por la vida.

GRACIELA.—(*tristemente*) En eso estoy muy conforme con Ud. Los hombres exigen ahora de nosotras, no solo bondad, sino cultura, y tienen muchísima razón. En mi concepto, no hay más escalafones en la vida que los de la inteligencia.

RAFAEL.—(*con júbilo*) ¿Así es que Ud. me encuentra razón?

GRACIELA.—(*tristemente*) Razón en su manera de pensar con respecto a como ha de ser la compañera del hombre; pero no en su modo de proceder respecto a Matilde; pues si ella no poseía las cualidades que Ud. exige a la que ha de ser su esposa, debió pensarlo y resolverlo mucho antes de que Ud. pidiera la mano de mi hermana. Me parece tan desconcertante su conducta que no puedo menos que preguntarle: ¿Quién es ella? ¿Quién es la nueva elegida?

RAFAEL.—(*acercándose a ella, con pasión*) ¡Graciela! ¿No ha leído en mis ojos la pasión que me consume? (*Graciela se yergue con orgullo*) ¿No me ha visto enmudecer a su lado y ser torpe como un niño?

Es a Ud. Graciela, a quien amo; su cariño será mi mayor felicidad.

GRACIELA.—(*rechazándolo y poniéndose de pie*) Muchas veces, durante este último tiempo, había notado un marcado interés suyo en galantearme; pero siempre lo tomé como un servilismo muy común en todos los hombres de poco valer intelectual. Es más fácil decirle vulgaridades a una mujer que saberla entretener con una charla fina y espiritual. Pero al oírlo, en este momento, mi indiferencia hacia Ud. se torna en desprecio. No sólo era Ud. poco inteligente, mi distinguido amigo, sino que, la de todos los mediocres, era Ud. también fatuo.

RAFAEL.—(*suplicante*) Graciela, perdón; la amo. . .

GRACIELA.—(*indignada*) Le he dicho que lo desprecio. No merece compasión un hombre que a su torpeza de declarar su amor a una mujer, que no sabe si le corresponde, ha añadido todavía la fatuidad de creer que labraría su felicidad a costa de la de su hermana.

RAFAEL.—(*poniéndose de pie*) ¿Hay algo más sagrado que el amor?

GRACIELA.—(*con dignidad*) Cuando es noble y puro, pero no mezquino como el suyo. Si Ud. me quería y no le merecía piedad el dolor de mi hermana, debió al menos, pensar un poco y ver muy claro antes de revelarme su amor.

RAFAEL.—(*desesperado*) Es que ya no podía por más tiempo guardar este secreto. Hasta Matilde comprende lo que pasa en mí, y ayer me lo dijo.

GRACIELA.—(*inquieta*) ¿Y qué le contestó Ud.?

RAFAEL.—Nada, evadí la respuesta hasta hablar primero con Ud.; pero hoy lo sabrá todo.

GRACIELA.—(*ansiosa*) ¿Qué sabrá? ¿Se atreverá siquiera

a insinuarle que tuvo la torpeza de declararme su amor?

RAFAEL.—Sí; le diré que nuestro compromiso ha concluído y que la amo a Ud.

GRACIELA.—(con violencia) Nó, no hará eso; Ud. no será tan miserable. Ud. no debe decírselo: sería matarla. (suplicando) ¿Qué no ve como Matilde lo quiere? ¿Qué no comprende que Ud. es para ella la vida misma? Ud. no hará eso Rafael, no será tan cruel que la vaya a hacer sufrir. Ella podría perdonarle que quisiera a otra mujer, pero tener de rival a su propia hermana la enloquecerá.

RAFAEL.—(con dolor) Estoy resuelto. El amor así como es de grande, es de egoísta, no mira mas que para sí, no le interesa lo que está fuera de él.

GRACIELA.—¿Para qué le mintió cariño?

RAFAEL.—La amé hasta el día en que Ud. llegó. (suplicando) Dígame, siquiera, que me ausente un tiempo de esta casa y que cuando ya se hayan tranquilizado los ánimos vuelva tras la conquista de su amor.

GRACIELA.—(indignada) ¡Ni ahora ni nunca! Bien debió Ud. ver que siempre lo miré con desprecio. (mostrándole la puerta de salida) ¡Salga inmediatamente de aquí! No quiero verlo, su presencia me da calofríos. Los tenorios no hicieron nunca carrera conmigo. ¡Salga!

RAFAEL.—(con dolor) Graciela, téngame lástima; ¡la amo!

GRACIELA.—(más indignada) ¡Le he dicho que se retire!

RAFAEL.—(abandonando la pieza, con dolor) El tiempo y mi dolor la convencerán de mi cariño. (a media voz) ¡Graciela! (Se retira precipitadamente).

GRACIELA.—(grito de ira) ¡Miserable! ¡Petulante! (tomándose la cabeza a dos manos) ¡Pobre Matilde! ¿Qué

irá a decirme? ¿Qué irá a pensar de mí? ¡Cómo me irá a odiar creyéndome la culpable de su ruptura con Rafael!

(Se deja caer sobre un sillón y oculta el rostro entre sus brazos. Permanece así un largo rato).

(Entra Don Roberto).

ESCENA IV

Graciela y Don Roberto

DON ROBERTO.—*(a media voz)* ¡Graciela! *(Graciela se endereza rápidamente)* ¿Dormías?

GRACIELA.—*(Viniendo hacia él y tendiéndole la mano)* No Don Roberto, sin embargo, una pesadilla horrible me torturaba...

DON ROBERTO.—*(cariñoso)* ¿Por qué? ¿Qué tenías? ¿Y Aurelio?

GRACIELA.—Papá no está.

DON ROBERTO.—¿Cómo? Hará cinco minutos que nos separamos: él entró aquí, y yo fui, al frente, a casa del doctor Cordero, y como no estaba la familia en casa, regresé creyendo encontrar aquí a Rafael con Aurelio.

GRACIELA.—Rafael se ha marchado...

DON ROBERTO.—*(cariñosamente)* ¿Y qué tenías tú? ¿Por qué estabas tan abatida?

(Se sienta en el sofá y Graciela hace otro tanto y se acomoda a su lado).

GRACIELA.—*(con desesperación)* Desde que llegué aquí, no sé qué mala estrella me acompaña. Antes de

pisar esta casa, que es mi hogar, viví tranquila, feliz. Desde que enviudé y busqué asilo entre los míos, no hago mas que sufrir y ver sufrir.

DON ROBERTO.—¿Y por qué no hablas con tu padre? Debes desahogarte con él, no ocultarle nada, pues esta situación tuya es anormal.

GRACIELA.—Justamente para eso busco a mi padre, quiero saber qué hay de misterioso en mi vida. Exigiré que me diga todo, y cuando lo sepa, tomaré una resolución definitiva.

DON ROBERTO.—Creo que es esa la conducta que debes seguir. Aurelio te quiere con predilección porque te ve sufrir y por la triste situación en que has quedado: viuda, sin dinero, y hasta se podría decir que sin hogar.

GRACIELA.—(*con vehemencia*) No lo crea Ud. Don Roberto. Quizás cuando llegué de Europa me quiso como Ud. dice, pues en aquel tiempo, mientras mi madre y mis hermanas salían o hacían caso omiso de mí, mi padre me acompañaba, y siempre tuvo alguna frase de consuelo que decirme, (*abatida*) mientras que ahora...

DON ROBERTO.—(*con interés*) ¿Ha cambiado acaso?

GRACIELA.—Muy diferente de lo que fué. Parece que ahora rehuyera el estar cerca de mí. (*desesperada*) Y creo que hasta el oírme hablar le molesta. Si Ud. pudiese observar la conducta de mi padre para conmigo vería cuán extraña es. A ratos parece que no pudiera vivir sin mí: me acerca a su lado, me llena de mimos, y otras veces, me huye como si le causara horror. No me cabe duda de que soy una carga dolorosa para él.

DON ROBERTO.—Teniendo una aclaración con tu padre se solucionará todo. Háblale con cariño y fran-

queza, pues él también está preocupado y me duele verlo sufrir.

GRACIELA.—(*triste*) Yo también lo sigo paso a paso en su angustia y cuando le sorprendo en sus momentos de dolor, se irrita conmigo, y en seguida desaparece de mi presencia y pasan días de días en que no lo vuelvo a ver sino a las horas de comida. (*resuelta*) Si yo fuera, aunque indirectamente, la causa del dolor de mi padre...

DON ROBERTO.—(*preocupado*) No lo creo, Graciela. Aquí hay algo obscuro que es preciso aclarar. (*Entra Don Aurelio*).

BIOTECA NACIONAL
BIOTECA AMERICANA
OSÉ TORIBIO MEDINA"

ESCENA V

Dichos y Don Aurelio

GRACIELA.—(*nerviosa, a Don Roberto*) ¡Mi padre!

DON ROBERTO.—(*poniéndose de pie*) ¡Hola! ¿Qué te habías hecho?

DON AURELIO.—(*abatido*) Al entrar me encontré con Rafael que salía, y como me pidió una entrevista, nos fuimos al salón para que nadie nos molestara.

GRACIELA.—(*angustiada*) ¿Y de qué hablaron?

DON AURELIO.—(*con tristeza*) De lo que tú sabes...

GRACIELA.—(*ansiosa*) ¿Te lo dijo?

DON AURELIO.—Sí.

DON ROBERTO.—(*alarmado*) ¿Qué ha pasado?

GRACIELA.—(*con ira*) Que Rafael dice que ya no quiere a Matilde y que está enamorado de mí.

DON ROBERTO.—¡Caramba, el medio lío que ha metido!

DON AURELIO.—Sin embargo, se ve que sufre...

GRACIELA.—(*indignada*) ¿Tú compadecees a ese mezuquino que ha jugado con el corazón de Matilde, que ha tenido la osadía de ofrecirme un cariño que serían las lágrimas de mi hermana? ¿Y es eso lo que te inspira piedad?

DON AURELIO.—Te ofuscas, Graciela. Ese muchacho es bueno, quiso a Matilde hasta el día en que tú llegaste...

GRACIELA.—(*dejándose caer en una butaca,—llorosa*) ¿Tú también me culpas a mí?

DON AURELIO.—(*vivamente*) ¡Nunca, Graciela! No tienes la culpa tú, ni Rafael, ni Matilde. Es el corazón que nos sorprende, que nos tiende emboscadas y caemos en sus redes cuando menos lo pensamos...

DON ROBERTO.—Y Matilde ¿lo sabe?

DON AURELIO.—En ese momento venía Rafael de decirselo.

GRACIELA.—(*cubriéndose el rostro con ambas manos*) ¡Qué horror! ¡Cobarde!

DON ROBERTO.—(*poniéndose de pie*) Al dolor hay que darle tregua. Mejor que dejen tranquila a Matilde hasta que se serene, y, sobre todo, que no vea todavía a Graciela, su presencia podría trastornarla.

(*Va a salir*).

DON AURELIO.—¿A dónde vas?

DON ROBERTO.—A casa del doctor Cordero para ver si la gente está de vuelta, pues necesito dejarle un encargo para el doctor.

DON AURELIO.—Te esperamos al té.

GRACIELA.—(*suplicando*) No deje de tomar el té con

nosotros, su presencia puede calmar esta situación molesta que se ha producido.

DON ROBERTO.—(*saliendo*) Vuelvo en seguida (*Sale*).

ESCENA VI

Don Aurelio y Graciela

(*Don Aurelio, preocupado, se pasea por la sala.— Graciela, abatida, lo sigue con la vista.*)

GRACIELA.—(*desesperada*) ¿Qué fatalidad, qué maldición pesa sobre mí, papá?

DON AURELIO.—(*acariciándola*) ¡Cálmate, hija! La vida es un continuo dolor.

GRACIELA.—(*abatida*) Es que cuando el sufrimiento golpea muy a menudo en nuestro corazón, no tenemos fuerzas para resistirlo. Lo que ha sucedido hoy, es el epílogo de un dolor que vengo soportando desde hace siete u ocho meses atrás. Ya no puedo más, mis fuerzas se agotan. (*pausa*) Ayer, al sorprenderme llorando, tuviste palabras cariñosas como hace mucho tiempo no las oía de ti. Me hiciste ver que tras el padre de hoy, duro, terco, existía un corazón sensible, afectuoso como el que yo imaginé en mi padre.

DON AURELIO.—(*sentándose cerca de Graciela*). Serénate, hija.

GRACIELA.—(*vehemente*) Nó, papá querido. Deja que me desahogue. Hace más de una hora que aguardo el momento en que estuvieras solo para decirte alguna vez mis dudas, esas cosas íntimas que minan el alma.

DON AURELIO.—Habla, Graciela.

GRACIELA.—(*desesperada*) ¿Por qué has cambiado, papá? ¿Qué te han dicho? ¿Por qué tu conducta también es desconcertante para conmigo?

DON AURELIO.—(*acariciándole la mano*) ¡Pobre hija querida! ¡no sufras! Te quiero siempre lo mismo, quizás... (*con dolor,—cerrando los ojos*) demasiado... demasiado...

GRACIELA.—(*titubeando*) Dime, papacito...; no te enojés. Quisiera que descorrieras el velo que hay delante de mi vida... (*Don Aurelio se acerca y la escucha con atención*) ¿No te enojarás, verdad? Dime... (*hablando en voz baja y después de haber mirado a su alrededor*) Díme... mi madre... (*con énfasis*) ¿Es mi madre? ¿Soy acaso una expósita, recogida por caridad?

DON AURELIO.—(*indignado*) ¡Graciela! ¿Qué dices? Dudar que tu madre es tu madre. Eso es insensato. Tú eres nuestra hija.

GRACIELA.—(*firme*) Perdona, padre; digo lo que veo: aquí para todos soy una intrusa, hasta para ti. (*Llora*).

DON AURELIO.—(*enternecido*) Escucha, hija. No quiero verte llorar, tus lágrimas despedazan mi corazón. Quisiera verte reír, que fueras siempre alegre... siempre alegre...

GRACIELA.—Las alegrías han muerto para mí.

DON AURELIO.—No te martirices, Graciela; no hay ningún secreto en tu vida.

GRACIELA.—Sin embargo, siento que mi presencia en esta casa es embarazosa para todos.

DON AURELIO.—Nó, Graciela, es desigualdad de caracteres, falta de armonía.

GRACIELA.—Es inútil que lo ocultes. Todos me odian

NACIONAL
AMERICANA
BIBLIOTECA MEDICA

Más fuerte que la sangre

tú mismo lo ves. Mi situación es horrible: mi madre, mis hermanas, hasta tú mismo huyes de mí como si te causara horror.

DON AURELIO.—¡Graciela!

GRACIELA.—(*vehemente*) Lo he visto por mis propios ojos: dos, tres, cien veces te he visto huir cuando llego a tu lado. (*exaltada*) En las noches, al darte un beso para irme a dormir, apenas si tus labios rozan mi piel, y en cambio tu rostro se contrae en un gesto de repulsión.

DON AURELIO.—(*abatido*) ¡Calla! no hables así. (*Ocultando el rostro entre las manos*).

GRACIELA.—(*vehemente*) Si es para ahorrarme un dolor, creo que no se cura el mal dejando la duda. Si es que mi madre, no es madre mía, ya lo presentía, hay un abismo entre ella y yo. ¿Era eso lo que tú querías que yo ignorara?

DON AURELIO.—Nó, Graciela.

GRACIELA.—¿Qué tú no eres mi padre?

DON AURELIO.—(*aparte*) Ojalá fuera así. . .

GRACIELA.—(*riendo*) Sería imposible. Hay algo entre nosotros que está fuertemente unido y eso debe ser la sangre. (*alegremente*) No podrías negar tu paternidad.

DON AURELIO.—(*grave*) En simpatías no hay lazos de sangre, Graciela.

GRACIELA.—(*admirada*) ¿Cómo?

DON AURELIO.—Hay reciprocidades que bien pueden encontrarse dentro o fuera del hogar. Lo que tú sientes hacia mí, es la unión simpática de nuestras almas. Tú, en una edad, yo, en otra, sin embargo hay un estado afín entre los dos.

(*Graciela se queda pensativa*).

DON AURELIO.—¿Qué te atormenta, Graciela? Habla, dí,

al menos tú tienes derecho a decir tus penas. (*con dolor*) ¡Pobre de los que llevan el silencio por castigo!

GRACIELA.—(*abatida*) Creo que Uds. no son mis padres.

DON AURELIO.—¡Ah! no digas eso, hija. (*pausa*) Escucha: (*con voz tristísima dice:*) No debiéramos llamar padres a los que sólo nos procrean. Los que nos crían y guían en la niñez, esós son los verdaderos padres. En ese período es en el que se estrechan los lazos de parentesco. (*breve silencio*) Te digo esto, porque tú fuiste hija nuestra, sólo porque te dimos la vida. A los cinco años de edad, como tu madre tenía dos criaturas más, menores que tú, y no estábamos en situación muy holgada, resolvimos,—para desgracia nuestra,—entregarte al cuidado de mi hermana Amalia, quien, largos años casada, sin hijos, y deseosa de tenerlos, te llevó a su lado. (*pausa*) Ellos fueron tus verdaderos padres. (*Breve silencio*).

GRACIELA.—(*ansiosa*) Sigue, padre, sigue...

DON AURELIO.—Al día siguiente de estar tú en su poder, mi hermana Amalia se fué a Buenos Aires, donde se radicó. (*pausa*) Pasaron años... y una carta tuya nos sorprendió con la noticia de que querías casarte: tenías entonces quince años. Te dimos nuestro consentimiento, y, razones pecuniarias, nos impidieron llegar hasta Buenos Aires para asistir a tu boda.

GRACIELA.—(*pensativa*) En verdad, mi vida es una novela. Se puede decir que he conocido a mis padres a los veintisiete años de edad... ¡Qué sarcasmo! (*pausa*) Mi viaje de bodas quise hacerlo a Chile para abrazarlos a Uds. y conocer a mis hermanas, que era el sueño de mi vida.

Más fuerte que la sangre

DON AURELIO.—¿Y por qué no viniste aquella vez?

GRACIELA.—¡Qué quieres tú! Ernesto estaba nombrado “attaché” a la Legación de Uruguay en París, y no podía demorar su viaje.

(Cae un florero que está sobre una mesa).

GRACIELA.—*(dando un brinco, se levanta y cubre el rostro con las manos)* ¡Ay! papá, ¡qué susto!

DON AURELIO.—*(poniéndose de pie)* ¿Qué tienes, Graciela?

GRACIELA.—*(abatida)* Mi tía temblaba a la caída de un florero, pues siempre coincidió con la muerte de alguna persona querida.

DON AURELIO.—*(riendo)* Ridiculeces que vienen con la edad.

GRACIELA.—*(Dejándose caer sobre una silla,—abatida)* Yo también me reía de ella y sin embargo, *(lúgubre)* el día en que murió mi Ernesto, en el salón, encontré un florero en el suelo...

DON AURELIO.—*(riendo)* ¡Oh! coincidencia. No te pongas supersticiosa, eso no va bien a una persona inteligente como tú. *(con burla)* ¡Toda una europea y con supersticiones!...

GRACIELA.—*(desesperada)* No te rías, papá. ¡Es una superstición, pero hoy cuando todo está contra mí, la caída de este florero me parece presagiarme días aun más amargos. *(Se queda con la cabeza inclinada y el rostro contraído por el dolor.—Don Aurelio la examina con infinita tristeza).*

DON AURELIO.—*(cariñosamente)* ¿En qué sigues pensando?

GRACIELA.—En el secreto que encierra mi vida.

DON AURELIO.—No hay secretos...

GRACIELA.—*(vehemente)* Habla, padre, habla por favor. ¿Por qué huyes de mí cuando te busco? ¿Por qué

no vienes a mí como cuando recientemente llegué?
Dímelo, padre; la duda me vuelve loca...

DON AURELIO.—(*desesperado*) Yo también de verte sufrir me desespero...

GRACIELA.—(*interrumpiéndole*) ¡Habla entonces! ¡Dímelo!

DON AURELIO.—(*horrorizado*) No me acoses a preguntas. ¡Qué puedo yo decirte, hija! ¡Qué puedo yo decirte!...

GRACIELA.—(*vehemente*) Es inútil. ¿No confías bastante en mí? Habla, no calles nada.

DON AURELIO.—(*abatido*) Pero Graciela, por Dios, si no hay ningún secreto en tu vida ¿Qué quieres que te diga? Tú sin mancha llegaste al mundo, sin mancha te has conservado y, sin mancha, espero, que llegarás a la vejez.

GRACIELA.—(*llorosa*) Tú te niegas a decírmelo y sin embargo ves que mi semblante desmejora cada día. (*ardorosa*) ¡Es la duda que me está consumiendo! (*desesperada*) Un crimen que sea, dímelo; por favor no calles por más tiempo. Me vuelvo loca!... loca...

(*Entra don Roberto*).

ESCENA VII

Dichos, Don Roberto, después Matilde

DON ROBERTO.—(*entrando*) ¿Molesto?

DON AURELIO.—(*poniéndose de pie*) ¡Adelante, Roberto!
(*Entra Matilde precipitadamente, con los cabellos en desorden*).

MATILDE.—(*con furor*) ¡Infame! ¡Has destruído mi vida!

DON AURELIO.—(*severo*) ¡Matilde! ¿Quieres moderar un poco tu lenguaje?

MATILDE.—(*sin escuchar*) ¡Me ha robado mi novio! ¡Me quitó a Rafael!

DON ROBERTO.—Serénese, Matilde. No se ofusque: escuche.

GRACIELA.—(*con angustia, ocultándose en el pecho de Don Roberto*) ¡Don Roberto!

(*Don Roberto la estrecha entre sus brazos*).

MATILDE.—(*delirante, avanzando hacia Graciela*) ¿Ignorabas acaso que Rafael era todo para mí? ¿No te movió a piedad robarle la felicidad a tu hermana? Me has arrebatado todo lo que yo quería. Ahora qué me importa la vida, ¡mátame! ¡quédate con Rafael! (*llora fuerte*).

GRACIELA.—(*desesperada, desprendiéndose de los brazos de Don Roberto*) ¡Nó, nó! yo no te lo quité; ¡nó, Matilde, nó! (*Prorrumpe en llanto*).

MATILDE.—(*furiosa*) ¡Comediante!

DON AURELIO.—(*severo*) ¡Calla, Matilde! No me obligues a reprenderte.

(*Graciela llora histéricamente.—Don Aurelio se toma la cabeza a dos manos.—Matilde mira furiosa a su hermana.*)

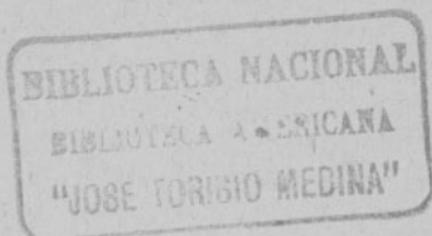
DON ROBERTO.—(*acariciando a Graciela*) Matilde, no se exalte. En todo esto podrá haber una fatalidad; pero nunca una mala intención de su hermana.

MATILDE.—(*con encono*) Ud. a su favorita como no la va a defender. Ya me arrebató a mi novio, que me quite ahora a mi madre, a mi padre (*mostrando a Don Aurelio*) Ahí lo tienes, ¡quítamelo! llévatelo todo, ¡intrusa!

GRACIELA.—(*en un grito de dolor*) ¡Dios mío! (*sollozando*)

No me juzgues mal, Matilde, ¡escúchame! ¡óyeme!
Yo nunca he querido a Rafael. Nunca siquiera he
coqueteado con él; no me culpes a mí: yo soy
inocente. Es la fatalidad que se está anidando
entre nosotros, es ella, la que ha puesto su garra
sobre mí.

TELON



Acto Tercero

Acto Tercero

(El escenario es el mismo del Primer acto: una salita costurero — Raquel, recostada sobre el sofá, lee un libro que tiene entre sus manos.—Matilde, con el semblante ligeramente pálido, está sentada y juega distraídamente con el collar que tiene colgado al cuello.—En la máquina de coser hay colocada una costura).

ESCENA I

Matilde y Raquel

MATILDE.—(con ira) ¡Fíjate, Raquel!

RAQUEL.—(dejando de leer,—con mal humor) ¿Qué quieres, Matilde?

MATILDE.—(con ira,—indicando la máquina).—¡Mira la costura de Graciela! Tiene la costumbre de dejarla colocada en la máquina, como si ella fuera la única que cose.

RAQUEL.—(mal humorada) Y qué me dices a mí; dícelo a ella. (Continúa leyendo).

MATILDE.—(furiosa) ¡Ya lo creo que se lo diré! (ame-

nazadora) Me tendrá que pagar bien caro el daño que me ha hecho. (*llorando*) ¡Quitarme mi novio!...

RAQUEL.—(*enderezándose, furiosa*) Hace quince días que no oigo mas que esta misma canción. ¿Por qué no vas a llorar a tu cuarto? Has de escoger el momento en que yo me pongo a leer para venir a molestarte.

MATILDE.—(*enérgica*) Ya le dije a mamá que Graciela y yo no cabemos en la casa; o sale Graciela, o yo me mando cambiar.

RAQUEL.—(*riendo*) ¿Dónde vas que más valgas?

MATILDE.—No lo sé; no te rías, Raquel; hoy llegó papá y le hablaré con claridad.

RAQUEL.—¡Oh! no le des más incomodidades, ¡pobre papá! El día en que se fué al sur,—tú no estabas ahí presente,—nos dijo adiós con tanto dolor que no pude menos de prorrumpir en llanto; me parecía que ese adiós había sido hasta la otra vida. (*con un suspiro de alivio*). En fin, gracias a Dios, ya lo tenemos aquí.

(*Entra Carmen con un sobre en la mano*).

ESCENA II

Dichos y Carmen

CARMEN.—(*entrando*) ¿Está misiá Graciela por aquí?

MATILDE.—Nó. ¿Para qué la necesitas?

CARMEN.—El mozo de Don Rafael ha traído esta carta para ella.

MATILDE.—(*poniéndose de pie*) ¡Cómo! ¡Pásala!
(*Coge la carta de manos de Carmen*).

MATILDE.—¡Escribiéndose con mi novio! (*a Carmen*) Déjame la carta, Carmen, y no digas a Graciela que le han traído esta carta. (*Sale Carmen*).

ESCENA III

Matilde, Raquel, después Graciela

MATILDE.—(*sentándose*) ¿La abriré?...

RAQUEL.—(*displicente*) No seas indiscreta.

MATILDE.—¿Por qué le voy a guardar consideraciones cuando ella se está riendo en mi misma cara? ¡Viejota! Hacerle el amor a Rafael que es un muchacho para ella.

RAQUEL.—(*riendo*) Cada cual con su gusto...

(*Entra Graciela con el rostro densamente pálido; demacrada; negras ojeras circundan sus ojos.—Matilde, al verla, esconde la carta*).

MATILDE.—(*riendo burlescamente,—a Graciela*) ¿Es tuya la máquina, Graciela?

GRACIELA.—(*admirada*) ¿A qué me lo preguntas? ¿No sabes que es de mamá?

MATILDE.—(*desdeñosa*) Cualquiera pensaría que es tuya, pues dejas colocada la costura en el pie de la máquina, como si no hubiera otras personas que desearan coser.

GRACIELA.—(*extrañada*) Como hasta aquí sólo yo la he ocupado...

MATILDE.—(*con ira*) Ahora deseaba coser y por culpa tuya no lo hice.

GRACIELA.—(*acercándose a la máquina*) En cinco minutos te la desocupo; voy solamente a sacar la costura. (*Se sienta a la máquina y empieza a coser*).

(*Matilde observa a Graciela con rostro amenazador.*—*Raquel lee*).

MATILDE.—(*poniéndose de pie y acercándose a Graciela*). ¿De quién es esto? (*Le muestra la carta*).

GRACIELA.—(*Dejando de coser, mira el sobre*). No sé de quién sea, no conozco la letra, pero veo que está dirigida a mí, y no sé por qué razón la tengas tú.

MATILDE.—(*furiosa*) ¿No sabes de quién es? Pues si tú te haces la mojegata, yo te lo diré: es de Rafael, del que fué mi novio, y a quien tuviste la poca delicadeza de conquistar.

RAQUEL.—(*moviendo la cabeza*) ¡Ya van a empezar con la misma historia!

GRACIELA.—(*poniéndose de pie,—severa*) Entrégame esa carta, Matilde, ¡lo exijo! No tienes derecho a tomar mis papeles.

MATILDE.—(*alejándose de Graciela,—con burla*) ¿No dijiste que lo habías rechazado? ¿Por qué tienes tanto interés en que yo no la lea?

RAQUEL.—(*poniéndose de pie*) Está de Dios que no me dejen en paz. Me voy a mi cuarto, pero si van a interrumpirme les tiro un jarro de agua (*Sale*).

ESCENA IV

Matilde y Graciela

GRACIELA.—(*persiguiendo a Matilde*). Nada me importaría el que la leyeras; pero no tengo por qué consentir en que abras mis cartas.

MATILDE.—(*huyendo de Graciela, —furiosa*) No pienso entregártela. Tengo que saber lo que dice. Has caído en mis redes ¡sabré la verdad!

GRACIELA.—(*dejándose caer en un sillón. —con cansancio*) En fin, ¡ábrela! Soy mujer, y también tu hermana, comprendo que los celos te torturan, no quiero que sufras; léela y desengáñate por tus propios ojos.

MATILDE.—(*rompe el sobre febrilmente y lee*) ¡Ah! ¿Le habías escrito?

GRACIELA.—(*serena*) Sí; ayer.

MATILDE.—(*continuando la lectura*) ¡Mezquino! Decir que no tengo méritos. (*furiosa, a Graciela*) Con dárte-las de generosa para conmigo te ensalzas ante sus ojos.

GRACIELA.—No pude ser más franca: le dije abiertamente que no lo quería ni querré jamás.

MATILDE.—(*furiosa*) Eres doblemente canalla, porque me lo quitaste sólo por maldad, no porque lo quisieras. Tú que todo lo sabes bien podías darte cuenta en qué iban a terminar tus coqueteos con él.

GRACIELA.—(*desesperada*) Matilde, no hables así.

MATILDE.—(*irónica*) ¿Las verdades te duelen? No te perdonaré el dolor que me has dado, y como hoy llegó papá le diré que elija: o tú sales de esta casa o salgo yo. Las dos no cabemos aquí.

GRACIELA.—(*suplicando*) Por Dios, Matilde, no lo hagas; déjalo a él tranquilo; no lo mezcles en tantas mezquindades.

MATILDE.—(*enérgica*) ¡Se lo diré!

GRACIELA.—(*desesperada, suplicando*) ¡No se lo dirás! ¡Tendrás piedad de él, ya que de mí no la has tenido!

Más fuerte que la sangre

MATILDE.—(*arrojándole la carta*) ¡Toma, hipócrita! (*amenazadora*) Verás si no se lo diré. (*Sale*).

ESCENA V

Graciela

GRACIELA.—(*recogiendo la carta, —dolorosamente*) N6, no se lo dirá; no dejaré, padre mío, que te den el dolor de elegir entre tus dos hijas. ¡Jamás sufrirás por mí! Tendré suficiente valor para quitarme de su camino.

(*Se escuchan voces que se acercan*).

GRACIELA.—(*escuchando*) ¡Alguien se acerca! Me escapo, no quiero que nadie vea mi dolor. (*Sale precipitadamente*).

ESCENA VI

Dña. Emilia, Dña. Sofía y Elena

(*Dña. Sofía y Elena vienen de sombrero, en traje de calle*)

DÑA. EMILIA.—(*entrando*) Muchos días que deseaba alcanzar por tu casa, pero no faltan los inconvenientes...

(*Las tres se sientan*).

- DÑA. SOFÍA.—Estás de mal semblante, Emilia. ¿Qué has estado enferma?
- DÑA. EMILIA.—Nada de importancia; algo resfriada y también las preocupaciones que nunca faltan.
- ELENA.—¿Qué es de Matilde? ¿Olvida a Rafael?
- DÑA. EMILIA.—(*triste*) ¡Ni pensarlo!
- DÑA. SOFÍA.—¿Y Graciela?
- DÑA. EMILIA.—Después del incidente con Rafael le tengo lástima; se ve que sufre horriblemente.
- DÑA. SOFÍA.—Y Aurelio ¿qué dice?
- DÑA. EMILIA.—Aurelio acaba de llegar.
- DÑA. SOFÍA.—¿Dónde andaba?
- DÑA. EMILIA.—En el Sur.
- DÑA. SOFÍA.—(*admirada*) No sabía...
- DÑA. EMILIA.—¡Por fin llegó! Era demasiada responsabilidad para mí y por eso le escribí haciéndole ver el estado de Graciela.
- DÑA. SOFÍA.—¿Tan nerviosa está?
- DÑA. EMILIA.—(*con dolor*) Da compasión: salta, grita, habla sola. Realmente está como alucinada.
- ELENA.—Y si esta situación continúa así, ¿qué va a hacer Ud. tía?
- DÑA. EMILIA.—(*afligida*) No sé... Si al menos Graciela tuviera vocación para religiosa...
- DÑA. SOFÍA.—(*con vivacidad*) ¡No digas eso, Emilia! sería una lástima; una muchacha tan interesante y que puede brillar en el mundo.
- ELENA.—¿Y si se casara con Rafael? Al fin, Rafael es un joven intachable, inteligente, la quiere, está enamorado de ella...
- DÑA. SOFÍA.—Sería una buena solución.
- DÑA. EMILIA.—¡Ni pensarlo! Graciela no quiere a Rafael, y aun queriéndolo, jamás lo aceptaría, porque fué el novio de su hermana.

- ELENA.—(*riendo*) Y Matilde, despechada, la arañaría antes de consentir en que se casara con él.
- DÑA. EMILIA.—A veces en mi desesperación pienso en Don Roberto...
- DÑA. SOFÍA.—(*con aspaviento*) ¡Oh! pero es un hombre viejo para Graciela.
- DÑA. EMILIA.—Sí; pero ella tiene veneración por él; lo encuentra tan culto, tan inteligente. En cuanto a Don Roberto se ve que quiere a Graciela, y como vivió muchos años en Europa, en el mismo hotel que ella, le conoce sus buenas y malas cualidades. El amor se cría.
- ELENA.—Nó, tía; no diga eso. El amor nace espontáneo. Esos cariños fabricados, mueren lentamente de consunción.
- DÑA. EMILIA.—(*desesperada*) Sí, tal vez sea como Uds. dicen. En mi desesperación no sé qué solución buscar.
(*Entra Graciela.—Nadie advierte su llegada.*)

ESCENA VII

Dichos y Graciela

- DÑA. EMILIA.—(*desesperada*) Graciela debe de salir de casa. Matilde ahora la odia; Raquel no la quiere y yo... me duele decirlo, necesito la paz de mi hogar, y mientras Graciela esté aquí no lo conseguiré. (*con dolor*) Es mi hija, y sin embargo... no puedo acostumbrarme a ello. La siento una extraña, y extraña fatal para nosotros.

GRACIELA.—(*Con horror*) ¡Mi madre!

DÑA. EMILIA.—(*asombrada al ver a Graciela*) ¡Dios mío! me ha oído!...

DÑA. SOFÍA.—(*viniedo a Graciela*) Graciela, ¿cómo estás hijita? (*Se pone de pie, y va a su encuentro.—Elena hace lo mismo*).

GRACIELA.—(*con voz triste*) ¿Cómo está tía? Y tú, Elena ¿qué dices de nuevo? ¿Y tu novio?

ELENA.—Está bien, Graciela. No pudo acompañarnos porque tenía un alegato en la Corte.

DÑA. SOFÍA.—(*cariñosamente*) Siéntate, Graciela; estás fatigada.

(*Se sienta Graciela y las demás hacen lo mismo*).

GRACIELA.—(*a Elena*) ¿Siempre piensas casarte el próximo mes?

ELENA.—(*alegremente*) Así lo espero. No vemos las horas de que llegue ese día.

GRACIELA.—(*con sonrisa apacible*) Ojalá seas muy dichosa.

(*Entra Raquel*).

ESCENA VIII

Dichos y Raquel

RAQUEL.—(*abrazando a Dña. Sofía*) Títa, ¿cómo está?

DÑA. SOFÍA.—Buena, a Dios gracias. ¿Y tú?

RAQUEL.—Así regularcito. (*Las saluda a todas*).

DÑA. EMILIA.—¿Avisaste a Matilde que estaba tu tía?

RAQUEL.—Sí, mamá, luego viene. (*a Dña. Sofía*) ¿Fueron, tía, al baile de las Carmonas?

- DÑA. SOFÍA.—¡Ya lo creo! Cuando hay hijas casaderas no se tiene paz para nada. Hoy, ésta reunión; mañana, Tennis; después un té donde la Fulanita, y así todos los días. (*con énfasis*) Y no se olviden que yo tengo tres, fuera de Elena.
- DÑA. EMILIA.—Yo también habría asistido, pero Aurelio no estaba en casa; Matilde se ha encaprichado en no salir, y Raquel es la perjudicada.
- RAQUEL.—(*mirando con intención a Graciela*) Sí, es muy curioso: lo que hacen las mayores, tenemos que pagarlo las menores...
(*Entra Matilde*).

ESCENA IX

Dichos y Matilde

- MATILDE.—(*saludando*) Hace días que pensaba ir a verlas, pero Uds. tan bondadosas me han ahorrado el viaje.
- DÑA. SOFÍA.—¿Te estás poniendo vieja, cuando no quieres incomodarte ni por ver a tus parientes?
- MATILDE.—(*mirando a Graciela*) ¿Qué quiere, tía? Estoy sin ánimo...
- ELENA.—(*sonriendo*) Hay que sacudir las tristezas, porque se arraigan cuando el terreno es propicio.
- MATILDE.—(*sentándose y mirando a Graciela*) Ya la sacudiré cuando no tengamos estorbo en casa.
- DÑA. EMILIA.—(*severa*) ¡Matilde! ¿Ya vas a empezar?
- DÑA. SOFÍA.—(*con dignidad*) Ten más calma, Matilde;

no juzgues con tanta precipitación, debemos perdonar y no censurar.

MATILDE.—(*furiosa*) Es que Ud. no sabe...

DÑA. SOFÍA.—¿Por qué dices eso? Yo conozco los detalles del incidente entre tú y tu hermana y estoy convencida de que ella no ha tenido la culpa.

MATILDE.—(*levantándose*) Perdone, tía, pero prefiero no conversar de ese asunto.

DÑA. SOFÍA.—(*severa*) Matilde, no seas así; hasta mal educada estás.

DÑA. EMILIA.—Es inútil, Sofía, que gastes palabras en aconsejarla: no se da a la razón.

MATILDE.—(*a Elena*) Ven conmigo, Elena. Te voy a mostrar un género de seda que me regalaron.

GRACIELA.—(*aparte*) ¡Qué Calvario!

RAQUEL.—(*poniéndose de pie*) Yo también las acompaño.

(*Sale Matilde, Elena y Raquel*).

ESCENA X

Dichos, después Carmen

DÑA. SOFÍA.—(*a Dña. Emilia*) ¡Qué carácter el de Matilde! Creía que era tan suave...

DÑA. EMILIA.—Comunmente, Matilde no tiene mal carácter; ahora está violenta. Está tan despechada por la ruptura con Rafael, que de sus labios sólo destila hiel.

(*Entra Carmen*).

CARMEN.—(a Dña. Emilia) Una hermanita del Buen Pastor desea hablar con Ud.

DÑA. EMILIA.—Bueno; ya voy.
(Sale Carmen).

DÑA. EMILIA.—(a Dña. Sofía) Vuelvo en seguida.
(Sale Dña. Emilia).

ESCENA XI

Graciela y Dña. Sofía

DÑA. SOFÍA.—No te descuides, Graciela, con tu salud; tu semblante está malo; estás nerviosa. Consulta un doctor.

GRACIELA.—(tristemente) Gracias, tía, por su interés. (pausa,—con dolor) No es doctor lo que necesito. Ya tendré valor y volverá la tranquilidad a todos.

DÑA. SOFÍA.—(cariñosamente) Sí; comprendo que es tranquilidad la que deseas. (pausa) Si yo pudiera llevarte a casa... pero estamos tan estrechas...

GRACIELA.—(vivamente) ¡Oh! nó, tía, mil gracias; nunca aceptaría.

DÑA. SOFÍA.—(con entusiasmo) Te quiero mucho, hijita, comprendo que sufres; que estás aislada; que necesitas un apoyo...

GRACIELA.—(llorando) Sí, tiene razón, tía. Sufro mucho... mucho... (Llora).

DÑA. SOFÍA.—(consolándola) No llores, Graciela; no te aflijas.

(Entra Matilde con Elena y Raquel).

RAQUEL.—(a Graciela) Mamá te llama, Graciela.

GRACIELA.—Voy inmediatamente. Con su permiso, tía.
(Sale).

ESCENA XII

Dña. Sofía, Matilde, Elena y Raquel

DÑA. SOFÍA.—Quiero aprovechar antes de que regrese Graciela, para decirte, Matilde, que no seas tan dura con tu hermana mayor.

MATILDE.—(airada) No se mezcle, tía, en estas cosas.

DÑA. SOFÍA.—(severa) Es inútil que quieras levantarme la voz. Ya que Emilia nunca ha tenido el suficiente carácter para reprenderlas severamente, yo me tomo esta atribución, porque he observado a Graciela, y si esto continúa así, esa niña se volverá loca.

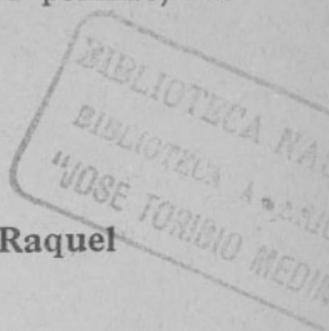
MATILDE.—(riendo a carcajadas) No tiene nada de loca.

DÑA. SOFÍA.—(severa) Nó, Matilde, te hablo seriamente. Si te fijas, con interés, en Graciela, podrás observar en que hay momentos en que esta niña tiene ya la mirada extraviada.

MATILDE.—(con ironía) Quizás la conciencia...

DÑA. SOFÍA.—(indignada) ¡Cuidado, Matilde! No vaya a ser la tuya la que más tarde te recuerde... No debemos dejarnos guiar por el orgullo mal entendido, porque puede ofuscar la verdad.

MATILDE.—(vengativa) ¡Es inútil lo que me digan! Graciela pagará bien caro el desprecio que me ha



hecho Rafael. He sido el hazmerreir de mis amigas ¡Yo, que hablaba con tanta seguridad de mi novio!...

(*Entra Graciela*).

ESCENA XIII

Dichos y Graciela

ELENA.— (*a Graciela*) ¿Conservas el libro en que venían esos versos: «Abandonada»?

GRACIELA.—No lo tengo...

MATILDE.—(*con sorna*) Fué un regalo que le hizo a Rafael.

GRACIELA.—Efectivamente se lo obsequié a Rafael, porque como no tenía interés en aprender versos, y Matilde me dijo que a él le gustaban mucho...

MATILDE.—(*burlesca*) Y tú que tenías deseos de regálarselos...

ELENA.—Eran lindísimos, y, difícilmente, habrá otra persona que los recite como tú, Graciela.

GRACIELA.—¡No digas eso! Hoy día no podría recitarlos ni medianamente; no sé lo que tengo, ahora todo me impresiona, a veces me parece que estoy loca.

DÑA. SOFÍA.—(*alarmada*) ¡Ni digas eso, niña! Distráete y sanarás.

ELENA.—Vámonos, mamá; se nos hace tarde.

(*Va a salir, pero se detiene por la entrada de Carmen*).

ESCENA XV

Dichos, Carmen, después Don Roberto

CARMEN.—(a Graciela),—Don Roberto pregunta por Ud. Misiá Graciela.

GRACIELA.—(aparte,—con regocijo) ¡Ah! (a Carmen) Hazlo pasar.

(Sale Carmen.—Entra Don Roberto).

DON ROBERTO.—(a Dña. Sofía) Señora, qué sorpresa tan agradable.

DÑA. SOFÍA.—Nos íbamos en este instante.

DON ROBERTO.—(a Graciela) Graciela, ¿cómo estás niñita? ¿Y Emilia?

GRACIELA.—Mamá está bien. (con dolor) Yo... ya no sé ni como estoy...

DON ROBERTO.—(a Elena) La otra noche encontre a cierta personita... y me pareció que estaba enamorando...

ELENA.—(riendo) De pareceres no me confío, Don Roberto: «Ver para creer», dijo Santo Tomás.

DON ROBERTO.—(aplaudiendo) ¡Bravo! Llevas muchas probabilidades de no molestar a tu marido. Filosofando nos ahorramos muchos sufrimientos.

DÑA. SOFÍA.—(tendiendo la mano a don Roberto) Siento dejarlo...

DON ROBERTO.—Una de estas noches iré a echar una manito... (indicando ir a jugar) con su marido.

DÑA. SOFÍA.—(con amargura) Es tan difícil encontrarlo en casa...

DON ROBERTO.—(riendo) ¡Ah! Olvidaba que el hombre se busca la vida...

DÑA. SOFÍA.—(indignada) ¿Buscarse la vida? ¡Matarse dirá!

DON ROBERTO.—(riendo) No se enoje, Sofía; era broma...

(Sale Dña. Sofía).

ELENA.—(riendo,—a don Roberto) Tratándose de papá, mamá no admite bromas. ¿Verdad?

DON ROBERTO.—(riendo) Así lo ví...

MATILDE.—(a Elena) Yo las acompaño.

(Se despiden y salen).

ESCENA XVI

Don Roberto y Graciela

GRACIELA.—(dejándose caer con cansancio sobre un sillón) ¡Por fin ha llegado! (con dolor) Temí no alcanzar a verlo.

DON ROBERTO.—(sentándose cerca de Graciela,—cariñosamente) ¿Qué tienes, Graciela? (tomándole la mano) Estás afiebrada; sufres, mi niñita. ¡Pobre mi Graciela!

GRACIELA.—(desesperada) No tengo fuerzas ni para coordinar mis ideas. (con horror) Todo lo veo negro... siniestro...

DON ROBERTO.—¿Y Matilde? ¿Se ha calmado?

GRACIELA.—(con énfasis) ¡Oh, nó! Por el contrario; tiene el cruel propósito de decirle a mi padre que elija entre ella y yo, pues las dos no podemos quedar en casa.

DON ROBERTO.—(*tranquilizándola*) No lo creas, Graciela, no se lo dirá.

GRACIELA.—Su propósito es decírselo; pero yo no la dejaré. (*amenazadora*) ¡Nunca! No le daré un nuevo dolor a mi padre. Antes de que él elija ya sé lo que debo hacer...

DON ROBERTO.—¿Llegó esta mañana?

GRACIELA.—Sí, y viene flaco, demacrado; en quince días que ha estado ausente, parece que los años se le vinieron encima. (*con dolor*) Corrí a saludarlo, y él, al verme, empalideció; su rostro reflejó la angustia, el dolor. (*desesperada*) ¿Qué tengo? ¿Por qué le inspiro tanto horror? (*suplicando*) ¡Háblele Ud., don Roberto! Ya que a mí no quiere decírmelo, que le revele a Ud. el secreto que lo tortura, que si yo soy la causante, sabré tomar una resolución definitiva.

DON ROBERTO.—(*con resolución*) Yo hablaré con él; te lo prometo, Graciela.

GRACIELA.—(*con desaliento*) Si al menos tuviera vocación... ¿Dónde acogerme que no lleve el temor de labrar la desgracia como ha sucedido aquí? Debo irme; no debo esperar que me echen; soy yo la desgraciada que llegué muy tarde a mi hogar.

DON ROBERTO.—(*abatido*) Tienes razón... No imaginas lo que te he recordado... He deseado ser joven...

GRACIELA.—(*ansiosa*) ¿Para qué? (*breve silencio*) ¿Me querría Ud.?

DON ROBERTO.—(*con entusiasmo*) ¿Quererte? Si ya te quiero; pero siendo joven, tendría el derecho de decirte: «Sé mi compañera».

GRACIELA.—(*suplicando*) Y si ahora que soy yo la jo-

ven, le dijese a Ud.: acepte mi respeto y mi cariño, deme su nombre y seré feliz...

DON ROBERTO.—(*desalentado*) No embromes, Graciela.

GRACIELA.—(*vehemente*) Yo sé que Ud. me quiere; yo conozco cuán bondadoso es, y ya que no puedo ofrecerle amor, acepte la admiración que siento para el hombre generoso que me sostiene en estas horas de prueba.

DON ROBERTO.—(*apasionado*) No me hables así, Graciela. Tú, al sacrificarte, ves la salvación de tu familia, pero no piensas que la vida es larga, que los sufrimientos no siempre te acompañarán. (*vehemente*) Llegará un día en que la vida te reclame y en cambio al lado mío, sería vegetar en un eterno invierno...

GRACIELA.—(*vehemente*) No deseo mas que un afecto sincero y eso, tengo la seguridad de encontrarlo en Ud. Quiero la paz de mi vida y en su hogar la encontraría. (*exaltada*) Quiero tener una linda misión, y qué mejor que endulzarle los años fríos que ya se aproximan... Dígame que sí, y pongo por testigo al cielo que le haré feliz.

DON ROBERTO.—(*vehemente*) Si fuera tan egoísta que sólo pensase en mí, te aceptaría; pero eso sería peor que encerrarte en un claustro, estarías expuesta a todas las tentaciones. Te vería consumirte de dolor. Sería un crimen unir las rosas de tu primavera, a la nieve de mi invierno. (*con energía*) ¡Nó! jamás seré tu verdugo. (*Se pone de pie y se pasea a largos pasos por el cuarto*).

GRACIELA.—(*vehemente*) Me juzga mal, Don Roberto; a las mujeres que hemos llegado a cierta altura de la vida, no es la juventud la que nos seduce sino el talento.

DON ROBERTO.—(*desesperado*) No me hables así, Graciela, jamás aceptarías tu sacrificio. (*fuerte*) ¡Nunca! Te quiero con verdadera ternura; tú encarnas para mí el tipo de la mujer soñada; pero soy un hombre que piensa; y por lo mismo que te quiero mucho, no sería tan villano en admitir tu sacrificio. (*vehemente*) Si tienes penas, si algo te affige, ven a mí; encontrarás un padre, un amigo, un protector; un hombre desinteresado que sabe cuán buena eres, y cuánto ha golpeado el dolor sobre tu corazón.

GRACIELA.—(*desesperada*) ¡Me rechaza Ud! Entonces ya no hay mas que una salvación.

(*Se oye sonar un timbre*).

GRACIELA.—(*levantándose, —sobresaltada*) ¡La puerta!

RAQUEL.—(*desde adentro*) ¡Papá! ¡papá!

GRACIELA.—(*angustiada*) ¡Mi padre!

DON ROBERTO.—(*preocupado*) ¡Aurelio! (*a Graciela, —tranquilizándola*) No estés nerviosa, hijita.

GRACIELA.—(*intranquila*) Me voy. No olvide su promesa: háblele a mi padre.

(*Sale Graciela. —Entra don Aurelio con rostro demacrado, envejecido*).

ESCENA XVII

Don Roberto y Don Aurelio

DON AURELIO.—(*abrazando a don Roberto*) Sabía que estabas aquí.

DON ROBERTO.—(*mirándolo con dolor*) ¿Has estado enfermo?

Más fuerte que la sangre

- DON AURELIO.—(*tristemente*) Más que enfermo. (*exaltado*) Llevo un cáncer en el corazón y ese no tiene remedio.
- DON ROBERTO.—(*tranquilizándolo*) No hables así, Aurelio. Siéntate, ¿qué te pasa?
(*Se sientan los dos*).
- DON AURELIO.—(*confidencialmente*) No digas nada a los de casa: vengo a arreglar mis asuntos para marcharme a Europa.
- DON ROBERTO.—(*admirado*) ¿Cómo? ¿Solo?
- DON AURELIO.—(*desesperado*) Nó, acompañado de este dolor que me mata...
- DON ROBERTO.—No me explico tu conducta. No olvides que hemos crecido juntos, que somos amigos inseparables: en lo que me busques siempre me encontrarás.
- DON AURELIO.—(*abatido*) Sí, Roberto, sé que tengo en ti un amigo, un hermano... (*desesperado, cubriéndose el rostro con ambas manos*) Créeme, Roberto, hay momentos en que pienso que estoy loco, sí, estoy realmente loco. Para mí ya no es vida la que llevo, es un infierno que arrastro conmigo y no sé donde voy a terminar. (*Breve silencio*).
- DON ROBERTO.—Pero ¿qué tienes? ¡Cuéntame! Desahógate conmigo. ¿Qué puedes tú decirme que yo ignore? (*titubeando*) Si necesitas alguna fianza... o dinero...
- DON AURELIO.—(*desesperado*) Ojalá fuera eso, Roberto. La angustia que tengo no es humana, pesa sobre mi corazón como una lápida que cierra toda esperanza de consuelo. (*Se pone de pie y pasea a largos pasos*.)
- DON ROBERTO.—(*insinuante*) Habla, di, no tengas miedo.
- DON AURELIO.—No es miedo; es vergüenza, es horror.

Cuántas veces he creído volverme loco por este secreto que anuda mi garganta, atormenta mi conciencia y despedaza mi corazón. Y sin embargo debo callar, (*con desesperación*) llevo ese castigo: silenciar mi dolor.

DON ROBERTO.—(*insistente*) Díme lo que sea, no temas; conozco el mundo y nada me horroriza. Yo creo que entre nosotros no debe haber secretos.

DON AURELIO.—Una pasión loca, sólo obra de Satán, ha hincado sus dientes en mí.

DON ROBERTO.—(*vehemente*) ¡Es posible! Habla, estoy ansioso de escucharte.

DON AURELIO.—(*vencido*) Sí; sólo en ti puedo confiarme porque me ahoga este silencio. Me tendrás lástima, eso es lo que quiero de ti: que me perdones tú que sabes que soy bueno, que viví consagrado a mi hogar; que si la fatalidad me ha herido, no fué porque yo la buscase sino que el destino me tendió una emboscada. (*Cogiéndose la cabeza a dos manos*) ¡Roberto! ¡Por Dios, Roberto!

DON ROBERTO.—(*poniéndose de pie*) No te pongas nervioso, hombre. ¡Suelta lo que te hace daño!

DON AURELIO.—(*calmándose,—con cansancio.*) No puedo, no puedo decírtelo, Roberto, y sin embargo me ahogo. A veces es tal mi desesperación, que no encuentro mas que una salida: la muerte, el suicidio. (*Sacando el revólver que lleva en el bolsillo del pantalón y mostrándoselo a Don Roberto*). Por eso no me separo de este amigo que será el único que sanará mi mal. . .

DON ROBERTO.—¡Un revólver! ¡Qué estás loco! ¡Entrégamelo! (*se lo quita y lo coloca sobre el escritorio*). Tú te ofuscas, Aurelio. Habla, desahoga tu corazón. Ven a mí, yo te consolaré. No encontrarás

un censor sino un amigo. Sentémonos; conversemos con tranquilidad. (*Se sienta y acerca otro sillón para Don Aurelio*).

DON AURELIO.—(*desesperado*) ¡Sea! No me juzgues mal; tú sabes que soy bueno.

DON ROBERTO.—(*tranquilizándolo*) No temas: Habla... *Don Aurelio se sienta y con voz sombría empieza a decir:*)

DON AURELIO.—Tú sabes que Graciela se crió lejos de nosotros. Veintidós años habían transcurrido desde que salió de nuestro lado y desde ese tiempo no la habíamos visto. (*Pausa,—con cansancio.— Don Roberto escucha con ansiedad*).

DON AURELIO.—(*continuando*) Al saber que su viudez la traía de nuevo a la casa, soñé volver a ver a la hija que recordaba: de carita rosada, llena de vida; de cabellos rizados, oír su voz interrogadora, deseosa de saberlo todo. Recuerdo con qué ansias la aguardábamos en la estación, qué de preguntas inútiles nos hicimos: ¿Cómo estaría? ¿Nos reconocería? Todas eran congeturas. (*Silencio*).

DON ROBERTO.—(*animándolo*) Sigue....

DON AURELIO.—(*angustiado*) No me pidas más; es superior a mis fuerzas.

DON ROBERTO.—Nó, es preciso. Afronta la situación. Los dos unidos combatiremos.

DON AURELIO.—(*abatido*) Descendió del wagón...

DON ROBERTO.—(*interrumpiendo*) Y Uds. no la reconocieron...

DON AURELIO.—(*triste*) En verdad fué así. El tiempo había borrado todos los rasgos y gestos en que nos hubiéramos reconocido... (*Don Aurelio guarda silencio y su rostro refleja dolor*).

DON ROBERTO.—(*suplicando*) Sigue, Aurelio; continúa tu relato.

DON AURELIO.—(*desesperado*) Insistes en que hable, porque no sabes lo que me pides....

DON ROBERTO.—(*animándolo*) Quiero saberlo todo. Sigue, no te detengas....

(*Entra Graciela, intensamente pálida.—Nadie advierte su llegada.—Se afirma con cansancio en el marco de la puerta. Al comprender que de ella hablan, escucha con ansiedad y a medida que va oyendo, el horror se pinta en su rostro.*)

ESCENA XVIII

**Dichos, Graciela, después Dña. Emilia,
Matilde, Raquel y servidumbre**

DON AURELIO.—(*con dolor*) Descendió del vagón; la ví avanzar y quedé clavado en mi sitio. Su andar era elegante, apenas si sus pies rozaban el suelo. Sus formas se habían desarrollado: estaba esbelta. Su rostro que yo recordaba rosado, ahora era pálido, resaltando en él sus ojos negros, que ya no eran de mirar inquieto, sino de un reposo escudriñador. Fué para mí una majestuosa visión. (*exaltado*)—«¿Qué no me reconoces, no te acuerdas de tu Graciela?»—me dijo, y se arrojó llorando en mis brazos, y el perfume exquisito que traía, concluyó por desvanecer la visión de la hija. (*con amargura*) Cuando sus labios se posaron sobre los

míos, yo; al corresponderle (*grito de dolor*) ¡Dios mío! Manché a la hija, pues besé a la mujer.

DON ROBERTO.—(*Horrorizado poniéndose de pie*) ¡Aurelio! ¡Qué horror!

GRACIELA.—(*angustiada*) ¡Aaah! (*Se cubre el rostro con ambas manos y avanza tambaleándose.—Don Roberto corre a sostenerla.—Don Aurelio, pavorido, comprendiendo el horror de su confesión, coge el revólver que está sobre la mesa, lo apunta a su corazón y exclama:*)

DON AURELIO.—¡Dios mío! Mi hija me ha oído! ¡Debo morir!

(*Suena un disparo y, al ruido, entran precipitadamente, en tumulto, Dña. Emilia, Matilde, Raquel y servidumbre.*)

(*Graciela al oír la detonación, reacciona y grita, horrorizada.*)

GRACIELA.—¡Mi padre! (*Se precipita sobre él; lo palpa*) ¡Muerto! ¡Muerto! ¡Yo lo he muerto! ¡Maldito destino! Ya nada me queda en esta casa, ni afectos, ni familia. ¡Debo huír! Sí, ¡huír lejos!... muy lejos...

(*Llora desesperadamente, abrazada al cadáver de su padre.*)

CAE EL TELON

